

Segundo paso de la serie Inmerso en Cristo

Sé Un Discípulo

*Dedica tu vida
a reflexionar en la mente
y el corazón de Cristo.*

Buscando “Metanoia” (un cambio de mentalidad)
durante el tiempo de Cuaresma

Por David M. Knight

¡Bienvenido a la Cuaresma!
Que esta Cuaresma sea para ti un
tiempo de primavera y de crecimiento
que te ayude a entender
“el misterio de Dios,
que es Cristo,
en quien están ocultos
todos los tesoros
de la sabiduría
y del conocimiento”.

¿Quieres ser un *discípulo*, un *estudiante* de la mente y del corazón de Cristo? Este panfleto te ayudará a lograr que la Cuaresma sea un tiempo de redescubrimiento.

La Cuaresma es un tiempo para *metanoia*, para “cambiar nuestra mentalidad” y cambiar nuestras respuestas a las preguntas más profundas de la vida. Un tiempo para clarificar los objetivos, reexaminar las actitudes, los valores y las prioridades. Un tiempo para acceder a que el Espíritu Santo sea nuestro guía.

La Cuaresma es una promesa de efusión: “yo derramaré mi espíritu sobre todos los hombres: sus hijos y sus hijas profetizarán, sus ancianos tendrán sueños proféticos y sus jóvenes verán visiones”.

La Cuaresma nos invita a ir “a la casa del Señor; para que nos instruya en sus senderos y podamos andar por sus caminos”.

Este panfleto ofrece reflexiones sobre las lecturas diarias y dominicales de las Sagradas Escrituras durante el tiempo de Cuaresma. En él, se condensa lo relacionado con el tema del discipulado, el segundo compromiso del Bautismo:

“Por tanto, si deseáis *haceros discípulos* y miembros de la Iglesia, es necesario que seáis introducidos en la *verdad integral*, que nos reveló, para que *tengáis los mismos sentimientos de Cristo Jesús*, y procuréis *conformar vuestro proceder a los preceptos evangélicos*, y así améis a Dios nuestro Señor y al prójimo, como Cristo nos mandó y nos dio ejemplo.”

Si has leído el libro “Reaching Jesus – Five Steps to a Fuller Life”, este panfleto es la continuación práctica para ayudarte a vivir el Segundo Paso (así como el panfleto del Adviento, Sé Cristo, fue una continuación del Primer Paso).

¡Espero que lo uses, te guste y lo disfrutes! ¡Qué tengas una feliz Cuaresma!

En Su amor,

Miércoles de Ceniza (Años A B C)

La Cuaresma es un tiempo para “Metanoia” (cambio de mentalidad)

INVENTARIO

¿Cuándo fue la última vez que cuestionaste el objetivo de tu vida? ¿o, que decidiste cambiar tu actitud sobre alguna cosa? ¿o, que reajustaste tus prioridades? ¿Cuál fue el último cambio importante que hiciste en tu estilo de vida o en tu forma de vivir? ¿Sientes que espiritualmente no vas a ningún lado? ¿Te sientes como si estuvieras en una zanja de rutinas religiosas? ¿Te sientes atrapado por tu trabajo o por tus obligaciones familiares? ¿Sientes un nivel elevado de estrés? ¿Te sientes atrapado y sin salida? ¿Quisieras poder alejarte por unos momentos para poder pensar? ¿Para poder reevaluar tu situación? ¿Para poder hacer algunos cambios? El tiempo de Cuaresma se incluye en el Año Litúrgico para ayudarte a hacer todas estas cosas. No te da “vacaciones” de tu trabajo o de tus obligaciones familiares, más bien te ofrece ayuda para “distanciarte” mental y emocionalmente para que así reflexiones, reevalúes y te reabastezcas.

ALIMENTACIÓN

La Antífona de Entrada es una profesión de fe. En ella, reafirmamos nuestra confianza en la *misericordia* de Dios y le decimos con certidumbre: “nunca odias a tus creaturas”. Dios siempre desea nuestro bien. No quiere que nos vaya mal en este mundo. Y nosotros, a pesar de que estemos en problemas por culpa nuestra, insistimos en creer: “borras los pecados de los hombres que se arrepienten y los perdonas”. Nunca es “demasiado tarde” para Dios; él siempre está dispuesto a ayudarnos para que recuperemos el control de nuestras vidas, para que reorientemos nuestro curso y para que cambiemos lo que sea necesario. Él está dispuesto y es *capaz* de hacerlo. Concluimos la Antífona de Entrada diciendo que Dios no es simplemente un ayudante o un consejero. No, “tú, Señor, eres nuestro Dios”. (ve Sabiduría 11:24-27). ¡Tú puedes cumplir lo que prometes!

En la Oración Colecta, pedimos que este “tiempo de arrepentimiento” (que significa “tiempo de cambiar nuestra mentalidad, tiempo de reevaluación”) “nos bendiga con tu perdón”, algo que damos por hecho, pero también pedimos “el don de tu *luz*”, para ver más claramente la senda que nos lleva a la “vida en plenitud” (San Juan 10:10). Para encontrar la luz tenemos que *ver*; y la promesa de esa luz, nos predispone a buscarla.

La bendición y distribución de las cenizas nos recuerdan que este mundo, al igual que nuestras vidas, tiene una duración relativamente corta. Las cenizas se producen quemando las palmas que usamos en la procesión del Domingo de la Pasión (Domingo de Ramos), palmas que llevamos como lo hizo la gente cuando pensaba que Jesús iba a entrar a Jerusalén para gobernar como rey. Algo que sí iba a hacer, pero no de acuerdo a lo que este mundo entiende por reinado y poder. Durante todo el año exhibimos la palmas en nuestras casas como símbolo del triunfo de Cristo sobre la ilusión de poder y la gloria efímera de este mundo. Luego, como preparación para la cuaresma, las convertimos en ceniza como símbolo del rechazo dramático a todo lo falso y seductivo de nuestra cultura.

Pero el enfoque de la Oración de la Bendición está en la *esperanza*: la esperanza de que la Cuaresma será para nosotros una “preparación para la alegría de la Pascua” tal como la vida entera es una preparación para “vivir [por siempre] con Cristo resucitado”. Para nosotros los cristianos, con la muerte, la vida “no termina, se transforma; y, al deshacerse nuestra morada

terrenal adquirimos una mansión eterna en el cielo”. Y así, “aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad” (Prefacio de Difuntos I).

Este es el tema de los Prefacios de las Misas de Cuaresma: *una nueva esperanza y una nueva vida*. La Iglesia dice de la Cuaresma, dirigiéndose al Padre: “has establecido generosamente este tiempo de gracia para *renovar en santidad a tus hijos*”. Para que durante la cuaresma “lleguemos a ser con plenitud hijos de Dios”. “elevas nuestro espíritu, nos das fuerza y recompensa”. “de modo que, *libres* de todo afecto desordenado, *vivamos* las realidades temporales como primicias de las realidades eternas”.

Con razón la Iglesia nos llama a que celebremos “con el gozo de habernos purificado, la solemnidad de la Pascua [de la muerte y la resurrección], para que, dedicados con mayor entrega a la alabanza divina y al amor fraterno, por la celebración de los misterios que nos dieron *nueva vida* lleguemos a ser con plenitud hijos de Dios ”.

La Respuesta a la primera lectura es “*Misericordia, Señor, hemos pecado*” (Salmos 51). Pero el Salmo Responsorial completo encapsula los temas de las tres lecturas.

“*Puesto que reconozco mis culpas... Contra ti solo pequé, haciendo lo que a tus ojos era malo*”.

Joel 2:12-18 nos llama a que hagamos una búsqueda introspectiva profunda y honesta: “Conviértanse a mí de todo corazón... enluten su corazón y no sus vestidos”. La Cuaresma no es sólo un tiempo para cumplir con ciertas tradiciones de la Iglesia, aún cuando estas tradiciones sean muy útiles. Durante la Cuaresma podemos ayunar , “dejar de hacer algo” o bien participar en “devociones cuaresmales” como las Estaciones de la Cruz (Vía crucis) y a pesar de esto, seguir sin cambiar básicamente nuestras actitudes, valores, prioridades y nuestra forma de vivir. Esto no es guardar la Cuaresma.

“Hacer penitencia” significa hacer algo que *exprese arrepentimiento*. Y, “arrepentimiento” (*metanoia*) significa un “cambio de mentalidad”. “Arrepentirse” significa reconocer lo malo, lo destructivo, lo mediocre de las cosas que damos por hecho. Significa *convertirnos* a una norma más elevada de moralidad. “*Puesto que reconozco mis culpas... Contra ti solo pequé, haciendo lo que a tus ojos era malo*”.

Miércoles de Ceniza (Continuación)

“Crea en mí, Dios mío, un corazón puro, y renueva la firmeza de mi espíritu”.

En **San Mateo 6:1-18** Jesús nos hace un llamado a que hagamos de nuestra *religión* nuestra *espiritualidad*. Cuando son auténticas, ambas se pueden identificar; pero para mucha gente en nuestros días, “religión” significa simplemente creer en las doctrinas correctas, seguir las reglas correctas y observar las prácticas correctas. Puede convertirse en un sistema impersonal y aún rutinario que involucra muy poca interacción personal con Dios.

Por otro lado, la “Espiritualidad” “está asociada con lo personal, lo afectivo, lo experimental, y lo meditado”.

La espiritualidad es un cierto despertar a la vida que nos relaciona más profundamente a la vida misma (y a Dios como persona). La imaginación se abre a nuevas posibilidades. Podemos ver y escuchar a la vida de nuevas maneras. Hay un reconocimiento de que en la vida existen corrientes más profundas. Encontramos que hay dimensiones en la vida que no hemos explorado y que todas ellas ofrecen una mayor profundidad, conexión, enfoque e integridad (David Ranson, “Across the Great Divide: Bridging Spirituality and Religion Today, páginas 9,17, St. Paul Publications, www.stpauls.com.au).

Para los cristianos, la espiritualidad es una vida de *interacción* con Jesucristo, Salvador y Maestro, una vida viva, personal, dinámica, apasionante y que es fuente de crecimiento. Jesús nos enseña a realizar nuestras prácticas religiosas, no conforme a lo que se “espera” de los cristianos, sino como prácticas inmediatas, personales y conscientes que sirven para comunicar algo a Dios. “Ora a tu Padre en privado”.

Jesús no dice aquí que debemos de evitar las oraciones en público o las prácticas tradicionales de nuestra religión. Lo que dice es que, si únicamente hacemos lo que se “supone” tenemos que hacer, no sabremos si lo hacemos porque conocemos y amamos a Dios, o porque simplemente es lo que hay que hacer “religiosamente” hablando. Necesitamos expresarnos a Dios de forma personal. Así sabremos que Dios es nuestro Dios; no sólo el Dios de nuestra familia y de nuestros amigos. Esto hace que la “religión” esté viva: “Crea en mí, Dios mío, un corazón puro, y renueva la firmeza de mi espíritu... Devuélveme la alegría de tu salvación, que tu espíritu generoso me sostenga”.

“Lávame totalmente de mi culpa y purifícame de mi pecado”.

2Corintios 5:20 al 6:2 nos enseña el verdadero misterio de nuestra redención. Jesús no sólo “perdona” nuestros pecados (esto nos dejaría básicamente sin haber logrado un cambio), sino que “quita el pecado del mundo”. Esto lo logró por medio del misterio de reunir en su cuerpo crucificado (por medio del cual, “a aquel que no conoció el pecado, Dios lo identificó con el pecado en favor nuestro”) nuestros cuerpos y nuestros pecados, para que por medio del Bautismo podamos morir en él y resucitar con él para vivir como su cuerpo nuevo, renacido y resucitado en la tierra y así vivir una nueva creación sin “registro” de los pecados cometidos en nuestra vida anterior. “... a fin de que nosotros seamos justificados por él”.

VISIÓN

Y ahora, ¿Veo a la Cuaresma como un tiempo de posibilidades apasionantes y alentadoras?
¿Siento el deseo de usar el tiempo de Cuaresma para distanciarme de mi vida y ver las cosas desde una nueva perspectiva?

INICIATIVA

Durante ésta Cuaresma, lee la palabra de Dios con una mente examinadora y un corazón abierto, escuchando a su Espíritu. Reflexiona sobre lo que leas. Relaciónalo con tu vida. Trata de cambiar algo en tus actitudes, valores y prioridades.

Jueves siguiente al Miércoles de Ceniza

El Salmo Responsorial nos asegura que la lealtad a Dios nos traerá alegría y felicidad en la tierra – si tenemos suficiente confianza como para creer en lo que él nos dice: “Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor” (Salmos 1).

El Deuteronomio 30:15-20 nos dice que si las queremos, la plenitud de la vida y la alegría pueden ser nuestras. Nadie tiene porque perderse las oportunidades que la vida le ofrece ya que la realización y la felicidad no dependen de las circunstancias, ni de lo que hagan los demás, sino de lo que elijamos libremente. “Hoy pongo delante de ti la vida y la felicidad, la muerte y la desdicha... Elige la vida, y vivirás, tú y tus descendientes, con tal que ames al Señor, tu Dios, escuches su voz y le seas fiel”.

Estas son palabras de Dios todopoderoso. ¿Creemos en ellas? Dios, el diseñador de nuestra naturaleza humana, nos dice por medio de estas palabras lo que debemos hacer para que nuestra vida funcione. Nos dice cómo podemos aprovechar mejor el cuerpo, la mente y la voluntad que él diseñó, y el tiempo que nos ha dado para usarlos. ¿Creemos que sabe de lo que está hablando?

Esto suena como una opción obvia, pero es igualmente obvio que ésta no es la opción en la que muchos basan sus vidas. ¿Cuántos adolescentes creen sinceramente que la *religión* los hará felices? (Estamos hablando de la religión auténtica, religión que es una “espiritualidad”; una interacción profunda y personal con Dios). ¿Cuántos creen que sus vidas serán más felices y plenas si siguen el “manual de instrucciones”? ¿Cuántos adultos lo creen?

En **San Lucas 9:22-25** Jesús nos dice francamente que, aunque el camino a la “plenitud de la vida” (tanto en la tierra como en el cielo) es muy sencillo, ¡no siempre es fácil!

Es “fácil” en el sentido de que no podemos *fallar* si en verdad queremos seguir el sendero que Jesús nos muestra. Es fácil en el sentido de que cualquiera lo puede hacer. Pero nos costará. Lo que vale la pena en esta vida no es barato. Si queremos las ganancias, tenemos que invertir. Si queremos lo podemos lograr, pero tenemos que decidirnos a seguir el camino de Cristo. El nos dice desde un principio que tenemos que “irnos a la quiebra”. Tenemos que dejar todo por el Todo; entregarnos a él; dar lo poco que somos por lo mucho que él es; dar lo poco que tenemos por el Todo ilimitado que él promete. “El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y me siga”.

Toma en cuenta que Jesús nos dice “cada día”. No tenemos que convertirnos en héroes de la noche a la mañana. Lo único que nos pide es que vayamos paso a paso, tratando de vivir cada día de acuerdo a sus enseñanzas, aprendiendo de nuestros propios errores; nos pide que no nos dejemos desalentar por nuestras fallas y pecados, y que nos levantemos cada día para caminar a su lado.

Si crees que el camino de Jesús es demasiado difícil, piensa en la alternativa. ¿“Qué ganancias” tendríamos si siguiéramos los caminos de este mundo? Simplemente fíjate en aquellos que lo hacen.

Iniciativa: Sé un discípulo. Comprométete nuevamente durante esta Cuaresma a aprender de Jesús.

Viernes Posterior al Miércoles de Ceniza

El Salmo Responsorial nos dice que si queremos que Dios nos guíe rumbo a la vida tenemos que cuestionar nuestros caminos: “Un corazón quebrantado y humillado, tú, Dios mío, no lo desprecias” (Salmos 51).

Isaías 58:1-9 nos dice que debemos dejar de jugar con Dios. Le preguntamos a Dios por qué no nos ayuda: “¿Por qué no se fija cuando ayunamos?”. Creemos llevar una vida como buenos cristianos porque cumplimos con todos los requisitos “religiosos” que se nos han impuesto. Y entonces, ¿Por qué nuestra religión no nos da resultado?

Muchos (no sólo los jóvenes) dejan de ir a Misa porque cuando van “no le hayan significado”. A ellos, Dios les hace estas preguntas: “¿Acaso pensabas que era suficiente con sólo estar ahí? ¿pensabas que lo único que quería era tenerte sentado en la banca de la iglesia? ¿Qué me *dijiste* mientras estabas ahí? ¿*Escuchaste* lo que yo te decía?”

Dios hace las mismas preguntas a los que sí van a Misa pero no expresan en sus vidas lo que la Misa misma expresa. Si no *nos ofrecemos* (todo lo que hacemos, todo lo que somos y todo nuestro tiempo y energía) con Jesús crucificado, ofreciendo nuestro cuerpo y todo lo que hacemos con él para ayudar a los demás y si no ofrecemos nuestro “cuerpo por la vida del mundo”, ¿creemos que realmente hemos participado en la Misa?

La Cuaresma es un tiempo para *cambiar nuestras mentes y cambiar nuestros caminos*. Podemos empezar por cambiar la forma en que participamos en la Misa. *Escuchar* lo que en ella se dice. Preguntarnos qué es lo que el sacerdote, quien preside la Misa, dice a Dios en nombre nuestro. Repetir en nuestros corazones las palabras del sacerdote (¡y hacerlo con sinceridad!)

En **San Mateo 9:14-15** Jesús nos enseña que lo importante de la religión no es lo que *hacemos*, sino lo que *expresamos* a través de lo que hacemos. Los fariseos ayunaban sólo porque eso era lo que “tenían que hacer”. Jesús pregunta qué es lo que expresaban con sus ayunos; si se trataba del *hambre de Dios*, el hambre que sentían por él sus corazones y de la que tomaban consciencia al sentir hambre física, entonces sus discípulos no ayunaban porque Jesús, por quien realmente tenían hambre, estaba físicamente presente con ellos. “¿Acaso los amigos del esposo pueden estar tristes mientras el esposo está con ellos?”. Pero “Llegará el momento en que el esposo les será quitado, y entonces ayunarán”.

Durante la Misa, antes de la Comunión, la Iglesia despierta nuestro deseo por Cristo como “esposo”. La liturgia cita el libro del Apocalipsis, que, como Jesús, describe el cielo como un banquete de bodas: “han llegado las bodas del Cordero: su esposa ya se ha preparado... *Felices los que han sido invitados al banquete de bodas del Cordero*” (Apocalipsis 19:7-9). ¿En qué piensas cuando comulgas? ¿Enfocas tus deseos apasionadamente en una unión con Jesús?

Iniciativa: Sé un discípulo. Pon atención a lo que Dios te expresa en la Misa y lo que tú expresas a Dios y a la humanidad.

Sábado Posterior al Miércoles de Ceniza

En el Salmo Responsorial reconocemos que somos “pobres y miserables”. Oramos diciendo: “*Enséñame, Señor, tu camino, para que siga tu verdad*” (salmos 86).

Isaías 58:9-14 nos promete que si cuestionamos nuestras vidas y tratamos de vivirlas conforme a lo que Dios nos pide, entonces “tu luz se alzarán en las tinieblas... El Señor te guiará incesantemente”.

Dios nunca deja de ofrecernos su guía. Pero necesitamos tener un poco de humildad. Necesitamos aceptar que no lo sabemos todo, que no sabemos lo suficiente como para guiar nuestras vidas siguiendo solamente la luz de nuestro propio criterio. Buscar ayuda es ser humilde.

Humildad significa no hacer que *nosotros mismos seamos el criterio*: no hacer que nuestra opinión sea el patrón para juzgar lo verdadero o falso, no hacer que nuestros deseos sean la regla de lo que es bueno o malo. La humildad es “estar en paz con la verdad”. Y la verdad es que nosotros no lo sabemos todo. La verdad es que lo que queremos no es siempre lo que es bueno. Ser humildes es cuestionar nuestra luz y nuestro amor y buscar ayuda.

Dios nos promete que si buscamos su ayuda (la ayuda de su palabra por medio de la lectura y la reflexión y la ayuda de su Espíritu por medio de la oración y el discernimiento) entonces nos hará “cabalgar sobre las alturas del país”, “El Señor te guiará incesantemente, te saciará en los ardores del desierto y llenará tus huesos de vigor; tú serás como un jardín bien regado, como una vertiente de agua, cuyas aguas nunca se agotan”. ¡Esta no es una mala recompensa a cambio de solo ser honestos con nosotros mismos!

San Lucas 5:27-32 nos da un ejemplo concreto de todo esto. Leví era un oficial del gobierno. Tenía poder y prestigio entre los que apoyaban al gobierno, aunque sus compatriotas judíos lo desdeñaban por colaborar con los romanos.

Luego, un día, al levantar la cabeza, vio la cara de Jesús que miraba su mesa de recaudación de impuestos. Jesús sólo le dijo: “Sígueme”. Y en ese momento todas las dudas e incertidumbres morales que atormentaban su corazón se aclararon. Leví simplemente se levantó y siguió a Jesús.

Dejó su trabajo, pero no a sus amigos. “Leví ofreció a Jesús un gran banquete en su casa” (podemos suponer que se trataba de una casa muy grande y bonita), en la que “había numerosos publicanos y otras personas que estaban a la mesa con ellos”.

Los fariseos se conmocionaron cuando vieron que Jesús comía con gente que no era “bien vista” por su iglesia (“iglesia” significa “asamblea”, el *kahal Yahweh* de Israel). Jesús básicamente les respondió que si recapacitaban sobre el hecho de que ellos si eran “bien vistos” por su iglesia, ¡podían unirse a ellos! La participación completa en la Misa no es para los que se consideran a sí mismos hombres rectos, sino para los pecadores confesos que pueden decir: “¡Enséñame!”.

Iniciativa: Sé un discípulo. Acércate a Jesús humildemente diciendo: “Enséñame, Señor, tu camino, para que siga tu verdad”.

Primer Domingo de Cuaresma (Año A)

Iniciando como Discípulo: El reconocimiento del pecado

INVENTARIO

¿A qué atribuyo los males de nuestra sociedad? ¿Culpo las malas políticas? ¿Las malas prácticas en los negocios? ¿La educación inadecuada? ¿Los ministerios incompetentes de la Iglesia? ¿La desintegración de la vida familiar? ¿Cuál pienso que sea la causa principal? ¿Pudiera ser que la causa principal sea el pecado? La Antífona de Entrada hace cita de las palabras de Dios: “me invocará, y yo le responderé. Estaré con él en el peligro, lo defenderé y lo glorificaré” (Salmo 91). ¿Creo que la respuesta a los problemas de la sociedad sea invocar a Dios? ¿Qué tan seguido lo hago yo? ¿Y para qué cosas lo invoco?

ALIMENTACIÓN

En la Oración Colecta pedimos a Dios: “ayúdanos a entender el *significado* de la muerte y resurrección de tu Hijo”. Pero lo que buscamos no es solamente un entendimiento abstracto. Seguimos con: “enséñanos a reflejarlo en nuestras vidas”. Estamos dispuestos a *responder* a lo que Dios nos muestre, a actuar en base a lo que entendemos.

La Oración Sobre las Ofrendas lo repite: “Señor... que este sacrificio nos ayude a *cambiar nuestras vidas*”. Y también lo repite la Oración Después de la Comunión: “Ayúdanos a *vivir basados en tu palabra* y a *buscar a Cristo*, nuestro pan de vida”.

El enfoque de la Cuaresma está en *ver más claramente* y en *actuar con más consistencia*. Ésta es la descripción de la *conversión*, pero de la conversión basada en una visión más amplia, en un nuevo descubrimiento y en un entendimiento más claro de lo que Jesús nos invita a creer y hacer. No solamente nos alejamos de “los mismos pecados de siempre”. Nos alejamos de actitudes, valores, prioridades y patrones de conducta que antes nunca reconocíamos como un “pecado”.

El verdadero significado de “conversión” es: Un “cambio de mentalidad” que se lleva al plano corporal por medio de un cambio de corazón y de hábitos. Para referirse al pecado, el Nuevo Testamento usa la palabra *hamartia*, que significa “errar la marca, no llegar al objetivo”. “Convertirnos” es entonces, corregir nuestra *puntería*: rectificar las coordenadas y el rango.

Pero para lograrlo tenemos que reconocer cuando “erramos la marca”. Algo que podemos hacer en una “*confesión* de pecado” que sea una *profesión* de fe iluminada.

Primer Domingo de Cuaresma (Continuación)

El Pecado es la Raíz

En **Génesis 2:7 al 3:7** Dios nos cuenta una historia que es la respuesta a una de las preguntas básicas de la vida (como las preguntas que los niños pequeños hacen a sus padres), “¿Por qué hay dolor y sufrimiento en el mundo?”.

La historia del Génesis tiene como objetivo aclarar que Dios no desea estas cosas. Él no quiere que la gente sufra. A los primeros seres humanos les dio, para que vivieran en él, un mundo que era un jardín exuberante, con bellos árboles y frutas suculentas. Un paraíso.

Pero Dios creó a los primeros seres humanos, igual que a nosotros, como seres libres. Dios sabía que podían abusar de la libertad y echar a perder el mundo tanto para ellos como para los demás. Así que les dejó instrucciones: Les dijo qué era lo que debían evitar y qué debían hacer para mantener sus condiciones de vida y su entorno (incluyendo la interacción entre ellos mismos) como algo espléndido y agradable para todos. Estas instrucciones nos han llegado a nosotros como “Los Diez Mandamientos”.

Pero en esta historia sólo hay un mandamiento, porque el punto central es que hay una sola causa de todo el dolor y sufrimiento en el mundo. Esta causa es *el pecado* (la decisión que toma la gente de usar su libertad, no para obedecer a Dios, sino para ignorar las instrucciones de Dios y hacer lo que piensan que los hará felices). Podríamos pensar que lo que echa a perder al mundo es algún tipo de pecado en particular, alguna forma particular de actuar. Pero Dios nos dice que el problema es el pecado como tal. Cada vez que decidimos no hacer lo que Dios dice, “erramos la marca” y echamos a perder el mundo para nosotros y para los demás.

Cuando elegimos vivir guiándonos por nuestra luz y siguiendo nuestro propio sistema de guía en lugar de guiarnos por medio de la luz de Dios, los resultados son desastrosos. Cuando nos damos cuenta de esto, “se abren nuestros ojos” y entendemos que estábamos ciegos. Entonces hay esperanza.

“Si tú eres...”

San Mateo 4:1-11 nos muestra a Jesús cuando confrontaba su llamado a ser el Mesías, el Salvador del mundo. Es tentado a falsificar su misión, a desobedecer a Dios sin hacerlo pública o explícitamente, sino más bien adoptando como objetivo de su misión algo que parece bueno a los ojos humanos pero que “yerra la marca” establecida por la sabiduría de Dios.

El demonio lo insta a que dé a la gente lo que ellos creen que quieren: prosperidad, protección de sus enemigos y una sociedad justa y pacífica; en otras palabras, una vida placentera y sin dolor en este mundo. Básicamente, el demonio instó a Jesús a hacer de la tierra un jardín sin Dios.

No le pide que excluya a Dios, sólo que lo margine. Dios podría jugar, pero no decidir todas las jugadas. Dios podría hablarle a los que quisieran escucharlo, pero escuchar a Dios no sería lo que salvaría al mundo. La sociedad creería que la salvación consiste en lo que la gente tuviera, no en lo que escucharan.

La primera respuesta de Jesús nos llama al discipulado, a escuchar y aprender. La forma de vivir en plenitud es vivir “de toda palabra que sale de la boca de Dios”. ¿Hemos aceptado esta

respuesta? ¿Aceptaré yo ser quien salve a la sociedad que me rodea, preparándome mediante la lectura y reflexión en la palabra de Dios? ¿Si no, estoy “errando la marca”? ¿Reconozco esto como un pecado?

“A través de un hombre”

El Salmo Responsorial es una meditación sobre la primera lectura. La respuesta a la que nos lleva es: “Misericordia, Señor: hemos pecado”. Cuando nos damos cuenta que estamos ciegos, invocamos a Dios. Y Dios siempre nos ofrece su salvación. La “definición de Dios” que él mismo dio cuando mostró su “gloria” a Moisés fue: “un Dios compasivo y bondadoso, lento para enojarse, y pródigo en amor y fidelidad” (Éxodo 34:6). Dios nunca nos dará la espalda ser pecadores.

Pero para que nosotros nos volvamos a él, tenemos que reconocer nuestros pecados: Jesús dijo a los fariseos, “como dicen: ‘Vemos’, su pecado permanece” (ve San Juan, capítulo 9).

Romanos 5:12-19 nos muestra la forma que tomó la misericordia de Dios cuando intervino para salvarnos de nuestros pecados. Y nos da la respuesta que pedimos en la Oración Colecta “ayúdanos a entender el *significado* de la muerte y resurrección de tu Hijo”.

En la cruz, Jesús reconoció al pecado como pecado en nombre de todos nosotros. Se “identificó con el pecado” tomando nuestros pecados en su propio cuerpo (2 Corintios 5:21) para expresar y expiar el mal del pecado en nombre de toda la humanidad. Y tal como el pecado y el sufrimiento llegaron al mundo como resultado de una decisión libre (la primera decisión de pecar que tomó un ser humano) así, la salvación se inició a través de la libre decisión de “un hombre”, Jesucristo, de ofrecerse en la cruz. Cuando murió, todos los que eran o algún día serían miembros de su cuerpo por haberlo aceptado, también murieron “en él”, y sus pecados fueron aniquilados. Éste es el misterio de nuestra redención.

Pero, tal como el primer acto de desobediencia humana a Dios inició una reacción en cadena que llenó al mundo de pecado, así, el acto de obediencia de Jesús, único, divino y humano, inició una reacción en cadena de respuestas a Dios que, llenas de gracia, continúan revirtiendo los efectos destructivos del pecado en la sociedad humana. Nuestra salvación llegó por medio de la obediencia de “un hombre”. Pero es a través de la obediencia de muchos de ellos que la salvación se encarna en la sociedad para convertir tierras baldías en jardines, alienación en aceptación, egoísmo en servicio, e indiferencia en amor. Sin embargo, para que esto ocurra, cada uno de nosotros tiene que ser ese “hombre” o esa “mujer” con quien todo se inicia.

Ésta puede ser la conversión a la que Dios nos llama durante la Cuaresma.

VISIÓN

¿En verdad creemos que si queremos aliviar el dolor y el sufrimiento del mundo, lo primero que tenemos que hacer es leer y reflexionar (seria y conscientemente) en la palabra de Dios? ¿Debe ser ésta mi primera prioridad?

INICIATIVA

¿En qué “conversión” trabajaré durante la Cuaresma? ¿Qué significaría para mi una conversión al discipulado? ¿Cómo podría empezar?

Primera Semana de Cuaresma¹ Lunes

El Salmo Responsorial es la clave de las lecturas: “*Tus palabras, Señor, son espíritu y vida*” (San Juan 6:63 y Salmos 19).

Levítico 19:1-18 nos muestra el principio y la guía de toda moralidad y el objetivo de los discípulos: “Ustedes serán santos, porque yo, el Señor su Dios, soy santo”. Esta es la ley de todas las leyes, y estas palabras son realmente “espíritu y vida”. Nos inspiran y nos dan un objetivo al cual dirigirnos. Un objetivo cálido y personal, ya que se trata de ser como una *persona* (en realidad ¡como tres Personas!) que amamos. Como *discípulos* (estudiantes) debemos comparar cada mandamiento particular con este principio, guía y objetivo, fijándonos en lo que este mandamiento nos enseña sobre la persona de Dios y cómo se esclarece este mandamiento por medio de lo que sabemos del ser y del corazón de Dios.

San Mateo 25:31-46 nos muestra que la gente se condena por no haber hecho cosas que no les habían mandado hacer bajo pena específica de pecado. A la mayoría de los que estamos vivos nunca nos han enseñado que tenemos que asegurarnos de alimentar a los hambrientos y vestir a los desnudos. Nos han enseñado que éstas son cosas buenas y cristianas que debemos de hacer (“obras de Misericordia”) pero que no forman parte de la “lista” de pecados que nos dieron para ayudarnos a examinar nuestras vidas y evaluar nuestra conducta. Los sacerdotes no escuchan a la gente decir en Confesión: “Perdóneme Padre porque he pecado; no he vestido a los desnudos, ni visitado a nadie en la prisión desde mi última Confesión”.

Pero Jesús dice que éstas son las obras por las que se nos va a juzgar.

Hay un nuevo espíritu en la Iglesia: Un espíritu inspirado más en los Evangelios que en las leyes; más en las palabras de Jesús que en la precisión legalista de los “maestros de la ley” de nuestros días (vea San Lucas 5:17, 7:30, 11:45-52, 14:3; 1 Timoteo 1:5-7). Un espíritu que se inspira en los *principios* generales que Jesús nos enseñó – principios que nos llaman a elevar nuestra mirada para ver el objetivo de llegar a ser “santos, como el Señor, nuestro Dios, es santo” en lugar de ceñir nuestro enfoque en los detalles de lo que es y lo que no es “pecado”.

Juan Pablo II es un ejemplo de esto. El escribió: “El modo de actuar de Jesús y sus palabras, sus acciones y sus preceptos constituyen la *regla moral* de la vida cristiana” (El Esplendor de la Verdad #20). Esto significa que para vivir una vida auténticamente “moral” tenemos que *conocer a Jesús*, conocer su ser y su corazón, seguir estudiando sus palabras y su ejemplo, sus palabras de “espíritu y vida”. Tenemos que ser sus *discípulos*.

Iniciativa: Sé un discípulo. Estudia a Cristo. Lee y reflexiona en la palabra de Jesús. Aparta tiempo para esto. Sé realista: Empieza con sólo cinco minutos al día. Pero empieza.

¹ Las lecturas del fin de semana son las mismas todos los años durante el tiempo de Cuaresma

Primera Semana de Cuaresma Martes

El Salmo Responsorial nos promete que: “*El Señor libra de sus angustias a los justos*” (Salmos 34). Pero los versos dejan en claro que Dios requiere acción de parte nuestra. Toma nota de las palabras del Salmo: “Busqué”, “Miren”, “Invocó”. Es cuando “*claman*” activamente que “el Señor los escucha”.

Isaías 55:10-11 nos dice tres cosas: 1. La *iniciativa* viene de Dios. 2. Dios nos da vida a través de su *palabra*. 3. La palabra de Dios *da fruto*. Si respondemos verdaderamente a la iniciativa de Dios, leyendo y reflexionando en sus palabras, éstas transformarán nuestras vidas al enseñarnos a conocer a Dios y a conocer su ser y su corazón.

Pero hay algo que depende de nosotros. Jesús nos explicó de qué se trata en la parábola del sembrador (San Mateo 13:3).

San Mateo 6:7-15 nos muestra la respuesta de Jesús cuando sus discípulos le pidieron: “Señor, enséñanos a orar” (San Lucas 11:1). El “Padre Nuestro” nos dice *por cuáles cosas hemos de orar*. Nos presenta una lista de las prioridades mismas de Jesús. Si hacemos que sus peticiones sean nuestras prioridades en la vida, habremos aprendido cómo orar. Y todas las peticiones del *Padre Nuestro* piden ¡el fin del mundo!

Pedimos a Cristo que venga nuevamente, para que su triunfo sea completo. Pedimos a Dios que apresure el día en que el mundo entero conozca y ame al Padre, que acepte su reino, que cumpla su voluntad, cuando el perdón y la paz sea universal y todo el mal sea abolido. Aún “nuestro pan de cada día” se refiere a Jesús, el Pan de Vida, la comida del banquete de bodas celestial que recibimos en la Eucaristía. Sabemos que su triunfo está asegurado; Jesús lo ganó con su sacrificio en la cruz. Y así, durante la Misa y “con confianza” hacemos estas peticiones al Padre mientras “esperamos la venida gloriosa”.

Pero mientras esperamos tenemos que *actuar*. ¿Qué haría que la venida de Cristo se retrasara? Solamente que su cuerpo en la tierra, la Iglesia, no aceptara totalmente su palabra, que no la viviera auténticamente, y que no la diera a conocer por todo el mundo. Si realmente aceptamos ser discípulos, seremos capaces de hacer “discípulos de todas las naciones” (San Mateo 28:19) y establecer el reino de Dios en la tierra.

“*El Señor libra de sus angustias a los justos*”. Pero una condición esencial para que esto se cumpla es que haya un compromiso total y completo de nuestra parte para ser discípulos, aprendiendo y viviendo la palabra de Dios, la cual nos muestra su mente. Hay una oración antigua que refleja la fe de la Iglesia “*Envía tu Espíritu y nuestros corazones se regenerarán*”. Esto es algo que la Iglesia cree que pasará. Y cuando pase, Dios “renovará la faz de la tierra” (vea Salmos 104:30).

Iniciativa: Sé un discípulo. Cultiva la palabra de Dios en tu corazón. Aparta tiempo para reflexionar en las Escrituras de manera que guíen a tomar *decisiones* que influyan en tu vida.

Primera Semana de Cuaresma Miércoles

El Salmo Responsorial nos dice la clase de conversión que nos da confianza: “*Un corazón quebrantado y humillado, tú, Dios mío, no lo desprecias*” (Salmos 51).

Si nos convertimos para ser auténticos discípulos de Jesús, ¿se mejorarán realmente las cosas en este mundo? ¿hará una verdadera diferencia?

Jonás 3:1-10 nos da la razón para pensar que así será. Nínive (ubicada en la Iraq de nuestros días) era una ciudad tan mala que Jonás *quería* verla destruida. Cuando Dios le dijo que llamara a la conversión de sus habitantes, Jonás trató de huir del Señor embarcándose y ¡terminó como alimento no digerido de un pez!

Pero después, cuando proclamó que Nínive iba a ser destruida, sus habitantes se convirtieron. Y lo hicieron con un “corazón quebrantado y humillado”. Lo mismo puede pasarnos a nosotros.

En **San Lucas 11:29:39** Jesús usa el ejemplo de Nínive para hacer un llamado a la conversión de su propio pueblo: “El día del Juicio, los hombres de Nínive se levantarán contra esta generación y la condenarán, porque ellos se convirtieron por la predicación de Jonás y aquí hay alguien que es más que Jonás”. Estamos llamados a responder, no a las palabras de un profeta, sino a las palabras de Jesús mismo, Dios encarnado. ¿Cómo podemos ignorar sus palabras? ¿Cómo podemos ser tan negligentes como para no leerlas completamente, no reflexionar en todas ellas y no tratar de ponerlas en práctica?

Podemos preguntar: ¿Qué no es suficiente con vivir de acuerdo a lo que nos enseñaron durante nuestra formación religiosa como niños, suplementándolo con las homilias que escuchamos los domingos? ¿Por qué tenemos que seguir leyendo y reflexionando en la palabra de Dios?

La primera razón es que ningún maestro o ninguna declaración de doctrina pueden influir en nosotros tanto como el estar en contacto con Jesús mismo a través de sus palabras. El objetivo de nuestra religión es *conocer a Dios* y amarlo como persona. La segunda razón es que conforme maduramos y nos desarrollamos, somos capaces de ver más en las enseñanzas de Cristo de lo que antes podíamos ver. Aprender de Jesús es un proyecto que dura toda la vida. Nunca podemos completarlo.

La “señal de Jonás” es la Iglesia. El único cuerpo resucitado de Jesús que es visible en el mundo de hoy es Jesús que se manifiesta vivo en los miembros de su cuerpo que claramente y sin ambigüedad viven de acuerdo a su Espíritu. Los cristianos que dan este testimonio forman la única Iglesia que puede llamar al mundo a la conversión. Ésta es la Iglesia que tenemos que ser. Ésta es una Iglesia de *discípulos*.

Iniciativa: Sé un discípulo. Durante la Cuaresma cultiva un “corazón quebrantado y humillado”. ¡Esto NO significa un corazón triste o lleno de culpabilidad! Significa un corazón abierto a la palabra de Dios porque no está orgulloso de creerse justo o complaciente en todo lo que ya sabe sobre las enseñanzas de Cristo o sobre su ser y su corazón. Sé un *discípulo*: Aparta tiempo para sentarte a los pies de Cristo y aprender.

Primera Semana de Cuaresma Jueves

El Salmo Responsorial nos da confianza para relacionarnos con Dios: “*Cuando te invoqué, me escuchaste, Señor*” (Salmos 138).

Ester capítulo C (después del capítulo 4) **versos 12, 14-16, 23-25** nos muestra que Ester arriesga su vida basándose en que cuando estaba “con la gente de la tribu de mi padre, oía decir... que les cumpliste todo lo que les habías prometido”. Por haber *Escuchado, creído y actuado* en base a lo que había oído, se convirtió en una heroína y salvó a su pueblo.

En **San Mateo 7:7-12** Jesús nos exhorta diciendo: “busquen... llamen...”. Si hacemos estas cosas, encontraremos lo que buscamos (o aún más de lo que soñamos). Y una puerta se nos abrirá para que entremos. Jesús dice que el Padre está impaciente por dar “cosas buenas a aquellos que se las pidan”. Pero tenemos que pedir las. Y tendremos que aceptar lo que recibimos y ponerlo en práctica por medio de acciones concretas. Y si pedimos la gracia para lograr estas cosas, también la recibiremos.

¿Qué es lo que buscas? ¿Qué le pides a Dios más seguido? ¿Qué puerta quieres te abra? ¿A dónde quieres llegar con tu vida? ¿Qué tan alto has puesto tu mirada?

Si hasta ahora has pedido primordialmente cosas que sólo satisfacen tus deseos naturales y humanos, tal como salud para ti y para tu familia, prosperidad, éxito y protección de daños físicos, puedes aprovechar la Cuaresma para trabajar en una *conversión con rumbo a deseos más elevados*. ¡Sé más ambicioso! Pide a Dios más de lo que un buen gobierno te puede dar. Pídele dones divinos. Pon tu corazón en acrecentar tu vida, como sólo la vida de la gracia que se vive “a plenitud”, puede acrecentar.

¿Es tu vida familiar perfectamente satisfactoria? ¿Es todo lo que soñaste? ¿Te entusiasma tanto tu vida de estudiante o profesional que tienes muchas ganas de llegar a la escuela o al trabajo? ¿Es tu vida social algo que te hace crecer en todos los sentidos en lugar de derrumbarte? ¿Crees que una *interacción con Jesucristo* puede elevar todas estas áreas de tu vida a un nuevo nivel? ¿Lo crees realmente?

Una forma obvia de interactuar con Jesucristo es tratarlo como *Maestro*. Así lo llamaban sus discípulos; “Rabí”. Jesucristo vino a salvarnos *enseñándonos* como vivir y facultándonos para vivir de acuerdo a sus enseñanzas. Pero para poder beneficiarnos de un maestro tenemos que leer, escuchar, y pensar. ¿Crees que si “pides ayuda” haciendo esto, Dios te responderá? Jesús lo dijo: “busquen y encontrarán”. “*Cuando te invoqué, me escuchaste, Señor*”.

Iniciativa: Sé un discípulo. Busca conocer y entender mejor las enseñanzas de Cristo. Pídele que te abra la puerta de una vida más plena, una vida basada en seguir su guía. Cree en que si buscas encontrarás. Aparta tiempo para leer las Escrituras.

Primera Semana de Cuaresma Viernes

El Salmo Responsorial nos muestra una dimensión más profunda del bien y del mal: “*Si llevas cuenta de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir?*” (Salmos 130).

Si realmente entendiéramos el nivel de vida al que Dios nos llama (si realmente viéramos en detalle lo que debemos hacer) ¿nos sentiríamos abrumados?

Ezequiel 18:21-28 nos dice que debemos elegir entre la vida y la muerte. Esto no significa que Dios literalmente matará al pecador. Es solamente una forma de las Escrituras de decirnos que todos los pecados (reconocidos o no) destruyen la vida y disminuyen la calidad de vida en este mundo. Si hacemos cosas malas que no sabíamos que lo eran, no seremos *culpables*, pero sí seremos *destructivos* a nosotros y a los demás.

Es por esto que debemos de interesarnos en aprender todo lo que Dios enseña sobre la forma de vida que debemos de seguir. Si no miramos por temor a lo que podríamos ver, vamos a caer en la zanja que tenemos enfrente.

San Mateo 5:20-26 nos muestra a Jesús predicando su “nueva ley” en el “Sermón de la Montaña”. Y la clave de esta ley está en que: La ley *antigua* (los Diez Mandamientos como los entendían los judíos) eran instrucciones para tener una buena vida en este mundo. Eran instrucciones orientadas para lograr que los seres humanos vivieran en paz los unos con los otros. Este era el objetivo de la ley. Pero en su *nueva* ley, Jesús cambia el objetivo. Ahora el objetivo es *ser como Dios*: pensar como Dios, hablar como Dios, actuar como Dios; en pocas palabras, vivir al nivel de Dios.

El asesinato va contra el objetivo de la ley antigua porque (entre otras cosas) interrumpe la paz. En contraste, simplemente *pensar* irrespetuosamente (en forma deliberada) sobre otra persona va contra la nueva ley, porque obrar así no es ser como Dios. El Sermón de la Montaña hace que cada Mandamiento sea una instrucción para llegar a vivir al nivel de Dios. Y la gracia nos faculta para hacerlo.

¿Deberíamos de inquietarnos por esto? No, más bien deberíamos de sentirlo como algo prometedor. ¿Qué pasaría si todos tratáramos a los demás como Dios nos trata a nosotros, con el nivel de amor de Dios? ¡El mundo sería un paraíso!

Como discípulos de Jesús que somos, *queremos* aprender el nivel más alto de ideales que él enseña porque sabemos que éste es el camino para llegar a la plenitud de la vida (tanto en la tierra como en el cielo). Queremos que él nos muestre en qué nos “quedamos cortos”, porque así, sabremos lo que tenemos que hacer para alcanzar el objetivo de “la vida plena”. ¡No tenemos nada que temer de la verdad que viene de Dios!

Iniciativa: Sé un discípulo. Abre tu corazón a los ideales más altos que Jesús propone. Lee el Sermón de la Montaña con la esperanza y el deseo de que presente para ti un desafío. Piensa en lo alto.

Primera Semana de Cuaresma Sábado

El Salmo Responsorial nos asegura que es “*Dichoso el que camina en la voluntad del Señor*” (Salmos 119).

Deuteronomio 26:16-19 nos hace esta promesa: “Y el Señor hoy te ha hecho declarar que tú serás el pueblo de su propiedad exclusiva, como él te lo ha prometido, y que tú observarás todos sus mandamientos; que te hará superior -en estima, en renombre y en gloria- a todas las naciones que hizo; y que serás un pueblo consagrado al Señor, como él te lo ha prometido”.

¿Es esto motivo para aprender y vivir de acuerdo a las instrucciones de Dios? Puede ser que no necesitemos renombre y gloria como nación, pero sí queremos que la *Iglesia* sobresalga por su verdad y su santidad, para que la gente busque y encuentre la plenitud de la vida a través de su ministerio.

Para lograrlo no es suficiente con sólo “evitar el pecado” cumpliendo los Diez Mandamientos; tenemos que vivir unas vidas tan diferentes, tan llamativamente buenas, que no se puedan explicar sin un conocimiento real de los Evangelios. Esto significa que primero debemos de adentrarnos profundamente en los Evangelios para poder apreciar las alturas que Dios nos pide que alcancemos. Necesitamos ser discípulos.

En **San Mateo 5:43-48** Jesús nos dice que la señal y la prueba de que somos sus discípulos será el nivel de nuestro amor. Todos los buenos seres humanos aman a los suyos (familia, amigos, conciudadanos, aquellos que los aman y la gente buena en general). Pero Jesús nos pide que amemos, no como lo hacen los humanos, sino como lo hace Dios. “Así serán hijos del Padre que está en el cielo...”. Así que debemos de amar a nuestros enemigos.

Al hablar de nuestros enemigos, Jesús se refiere a los que se porta mal con nosotros en el trabajo, a los que nos engañan en los negocios, a los que hablan de nosotros a nuestras espaldas, que traicionan nuestra confianza, que nos roban y nos matan. Se refiere a los terroristas y a aquellos con quienes estamos en guerra. Éstos son quienes nos dice que debemos de amar; nuestros verdaderos enemigos.

Es sólo cuando amamos a nuestros enemigos que demostramos lo diferente que es el Cristianismo de todas las demás religiones. “En esto todos reconocerán que ustedes son mis discípulos: en el amor que se tengan los unos a los otros” (San Juan 13:35). El amor es el acto más grande de la vida. Si nuestro amor no es mayor que el de los otros, ¿qué es lo que pone nuestras vidas al nivel de Dios? Y si no estamos viviendo al nivel de Dios, ¿Cómo podemos vivir por medio de la *gracia*, que es “el don de ser partícipes de la vida divina de Dios”? Si somos partícipes de la vida de Dios, debemos de ser partícipes de su amor. Pero Dios ama a todas las personas que ha creado y trata continuamente de ayudarlos a todos.

Puede ser que si amamos a los que nos hacen mal, suframos aún más, porque entonces nos preocuparemos por ellos. No podremos simplemente desecharlos con menosprecio, como si no fueran seres humanos dignos de nuestra preocupación. ¿Crees que los que siguen esta “ley del Señor” sean “dichosos”?

Iniciativa: Sé un discípulo. Aprende del ejemplo que Jesús nos dio en la cruz, la clase de amor que estamos llamados a sentir. En cada Misa ofréctete con él a amar así.

Segundo Domingo de Cuaresma (Año A) El Evento y la Gloria que Motiva el Discipulado

INVENTARIO

¿Cuánto pienso en el evento de la muerte y resurrección de Cristo? ¿Baso conscientemente toda mi vida en la diferencia que este evento ha hecho? La Antífona de Entrada pide: “Recuerda, Señor, que tu ternura y tu misericordia son eternas”. ¿Uso mis recuerdos de las obras del Señor de forma que me dé la confianza de que Dios “no permitirá que nuestros enemigos triunfen sobre nosotros”?

ALIMENTACIÓN

En la Oración Colecta buscamos entendimiento y la *visión de un objetivo* que nos exhorte: “alimenta nuestra fe con tu palabra y purifica los ojos de nuestro espíritu, para que podamos alegrarnos en la contemplación de tu gloria”. Pedimos a Dios: “Ayúdanos a escuchar a tu Hijo”.

La respuesta de Dios será *mostrarnos a Jesús* y permitirnos ver su gloria para que, cuando la perdamos de vista, continuemos escuchando su palabra y siguiendo su camino.

La Intervención de Dios

El Salmo Responsorial pide: “Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros”. “Tener misericordia” es ayudar a alguien por un sentido de *relación*. Y una relación es el resultado de la *interacción*. Es basándonos en la interacción con Dios que continuamos el Salmo Responsorial diciendo: “como lo *esperamos* de ti”.

Génesis 12:1-4 nos dice que todo empezó con el *evento* en el que Dios intervino en la historia para formar una relación especial con un hombre (Abraham) y con su descendencia. Esta relación era una alianza que comprometía a Dios a tomar un papel activo de guía de la humanidad². “Deja tu tierra natal y la casa de tu padre, y ve al país que yo te mostraré. Yo haré de ti una gran nación y te bendeciré; engrandeceré tu nombre”.

Esta obra de *misericordia* (de Dios que entró en una *relación* especial con los descendientes de Abraham) es la base fundamental de nuestra *confianza*. La promesa de Dios a Abraham se cumplió en Jesús, en quien, todos lo convertidos en miembros de su cuerpo, la Iglesia, son ya “hijos en el Hijo”, hijos de Dios e hijos de Abraham. La promesa se cumple en Cristo: “por ti se bendecirán todos los pueblos de la tierra”

² La alianza de Dios con Noé (Génesis 9:9) era sólo un compromiso a no destruir la raza humana. Todos los que sobrevivieron el diluvio eran descendientes de Noé. Pero Abraham y su familia eran un clan particular, los descendientes de Sem, hijo de Noé (Génesis 10:1; 11:10,26).

Segundo domingo de Cuaresma (Continuación)

La Manifestación en Jesús

2 Timoteo 1:8-10 nos dice que la magnitud del auxilio (gracia) que ofrece el plan que Dios inició con Abraham “se ha revelado en la Manifestación de nuestro Salvador Jesucristo”. Por medio de la Buena Nueva de su vida, muerte y resurrección, Jesús “hizo brillar la vida incorruptible”. Y nos “ha llamado a una vida santa”.

Sabemos por medio del Evangelio que su “vida santa” es realmente una vida divina. Por medio del Bautismo fuimos incorporados en el cuerpo de Jesús crucificado y también en el *evento* de su muerte y resurrección. En ese momento murieron nuestras vidas humanas meramente naturales y resucitamos para vivir como partícipes de la vida divina de Jesús. Nuestra gloria es “ser Cristo”. Y su gloria es ser visible y manifestarse vivo y resucitado en nosotros. San Ireneo escribió: “La vida en el hombre es la gloria de Dios”. La prueba de la resurrección y triunfo de Cristo es su vida divina que inconfundiblemente está presente y resplandeciente en aquellos a quienes ha redimido.

Para vivir como auténticos cristianos, debemos tener una idea de la gloria que hay en Jesús, y de cómo se manifestará en nosotros que somos su cuerpo en la tierra. Para entender lo qué esta gloria es, y lo qué debe ser, tenemos que reflexionar profundamente en las Escrituras. Por ello oramos en la Oración Colecta: “alimenta nuestra fe con tu *palabra* y purifica los ojos de nuestro espíritu, para que podamos alegrarnos en la contemplación de tu gloria”.

Una Visión de Su Gloria

En **San Mateo 17:1-9** Jesús tomó a tres de sus discípulos (los mismos que después tomaría con él durante su agonía en el jardín) y los llevó a un monte elevado, donde “se transfiguró en presencia de ellos”. Parte de su gloria divina apareció visiblemente en su cuerpo (pero sólo una pequeña parte, porque pudieron seguir hablando).

Sin embargo, cuando Pedro sugirió poner a Jesús a la par con Moisés y Elías, quienes encarnaban a la Ley y a los Profetas, levantando tres capillas, una para cada uno de ellos, el Padre dejó en claro que Jesús no estaba a la par de nadie: él era infinitamente superior a todos los profetas y los santos humanos, sin importar qué tan grandes fueran. “*Éste*”, declaró el Padre “es *mi Hijo muy querido*”. Y hablaba desde el interior de una “*shekinah*”, una nube opaca y luminosa a la vez, una señal de las Escrituras para indicar la presencia de Dios.

El Padre agregó: “*Escúchenlo*”.

Seguimos recibiendo el mismo mensaje: Si realmente queremos confiar en que Dios “no permitirá que nuestros enemigos triunfen sobre nosotros” tenemos que *escuchar* a su Hijo. Si queremos un objetivo que motive nuestras vidas, tenemos que tomar en serio la gloria de Cristo y la nuestra, y debemos seguir esforzándonos para entrar en ella por medio de un entendimiento y un amor más profundos.

Dios nos dio un vistazo de la divina gloria de Jesús para animarnos a interactuar con él en su humanidad; aprendiendo de sus palabras y de su ejemplo, hablándole, respondiendo a sus inspiraciones, trabajando con él por el establecimiento del reino de Dios en la tierra, pidiéndole que actúe con nosotros, en nosotros y por medio de nosotros en todo lo que hacemos.

Pero para lograr todo esto la clave está en *escucharlo*. Primero tenemos que volvernos sus *discípulos*, volvernos estudiantes dedicados a aprender de él. Y, con este fin oramos: “*Ayúdanos a escuchar a tu Hijo*”.

VISIÓN

¿Bajo qué norma juzgo mi conducta? ¿Bajo una norma humana o divina? ¿De acuerdo al “bien y el mal” (“razonable”) o “por inspiración de la fe”? ¿De acuerdo a lo que hacen los demás, o de acuerdo a lo que Jesús me dice que debo hacer?

INICIATIVA

Pasa algún tiempo pensando en la gloria de Jesús. ¿Cómo puedes ser partícipe de ella?

Segunda Semana de Cuaresma Lunes

En el Salmo Responsorial admitimos que siempre nos “quedamos cortos” del nivel (divino) de vida que estamos llamados a vivir: “*Señor, no nos trates como merecen nuestros pecados*” (Salmos 79).

Daniel 9:4-10 nos muestra por qué nos quedamos cortos: “¡Ah, Señor, Dios, el Grande, el Temible, el que mantiene la alianza y la fidelidad con aquellos que lo aman y observan sus mandamientos! Nosotros hemos pecado, hemos faltado, hemos hecho el mal... No hemos escuchado...”.

Nosotros no vivimos en un mundo abstracto. Vivimos en la realidad concreta de un mundo en el que Dios ha hablado; Jesús vino al mundo, murió, resucitó y compartió su vida divina con nosotros. Para nosotros, vivir de acuerdo a cualquier otra cosa que no sea la vida divina de Dios es “quedarnos cortos”, ésta es una expresión que se usa en las Escrituras para decir “pecado”. Tenemos que vivir de forma que la gloria de la vida de Cristo en nosotros ilumine al mundo.

Ésta es una de las razones para reunirnos en asamblea todos los domingos con el propósito de adorar a Dios todos juntos: si lo hiciéramos solos, no nos adentraríamos suficientemente en el misterio de lo que somos y lo que estamos llamados a ser. Nuestras intenciones de encontrar y seguir el camino correcto se quedarían cortas. ¿Por qué? Porque necesitamos reforzarnos con la luz de la reflexión comunitaria, de la participación comunitaria y de la celebración comunitaria. Jesús no vino para ser nuestro gurú personal. Él vino a llamarnos para que formemos parte de una *comunidad*, su Iglesia, en la cual, y por la cual, nos guía y nos enseña, nos fortalece y nos encausa, y constantemente nos manifiesta el misterio de la continuación de su presencia en la tierra.

Todo lo mío es tuyo, y todo lo tuyo es mío, y en ellos he sido glorificado. Padre santo, cuídalos en tu Nombre –el Nombre que tú me diste – para que sean uno, como nosotros... Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. (San Juan 17:10-22).

Es en la Iglesia, con todo y su fallas, donde encontramos la gloria de Dios.

En **San Lucas 6:36-38** Jesús nos alerta que debemos de enfocarnos, no sólo en lo que hacemos, sino también en la norma que seguimos para decidir lo que vamos a hacer: “Porque la medida con que ustedes midan también se usará para ustedes”. No debemos caer en el error de juzgar las cosas, tal vez de forma inconsciente, basándonos en una escala de bondad meramente humana. Para nosotros, la única norma apropiada es la vida misma de Dios. Estamos llamados y hemos sido habilitados por medio de la gracia para vivir al nivel de Dios. Cuando Jesús dice: “Sean misericordiosos, como el Padre de ustedes es misericordioso”, debemos de entender: “Has *todo* lo que haces como tu Padre lo hace”. Si hacemos menos, “no hemos escuchado...”. Y estaremos fallando como discípulos de Jesús.

Iniciativa: Sé un discípulo. Fíjate en la norma que usas cuando tomas una decisión. Pregúntate: “¿En qué nivel estoy tratando de vivir aquí? ¿Humano o divino?”

Segunda Semana de Cuaresma Martes

El Salmo Responsorial nos dice: “*Al que sigue buen camino le haré ver la salvación de Dios*” (Salmos 50). No es que Dios esté poniendo condiciones para otorgarnos su ayuda; lo que nos quiere decir es que para mostrarnos a dónde *nos lleva* su camino, debemos *seguirlo*. Así que tenemos que poner atención y aprender.

Isaías 1:10-20 nos llama al discipulado: “Escuchen la palabra del Señor... Presten atención a la instrucción de nuestro Dios...”. Si no tenemos el propósito de *aprender* de Dios cómo debemos de *vivir*, todas nuestras devociones, rituales, festivales y oraciones serán sólo apariencias: cosas que hacemos para sentirnos mejor, observancias “baratas” que, pensamos, pondrán a Dios de nuestro lado.

Lo que Dios quiere es *acciones* que dan respuesta a sus *enseñanzas*: “¡aprendan a hacer el bien!”. Y tenemos que tomar nota de sus prioridades: “¡Busquen el derecho, socorran al oprimido, hagan justicia al huérfano, defiendan a la viuda!” Para nosotros, es fácil enfocarnos en lo obvio, en los pecados que van en contra de la moralidad convencional, los pecados que tienen “respuestas fáciles”, mientras que ni siquiera nos fijamos en los pecados que fluyen naturalmente de actitudes y valores malvados que pueden estar enraizados en nosotros – avaricia, ambición, indiferencia a los pobres. Es pecado, por ejemplo, defender por medio de la violencia el estilo de vida de nuestra nación sin siquiera preguntarnos: ¿Qué hay en nuestro estilo de vida (nuestras prácticas de negocios, nuestras políticas, nuestra arrogancia) que hace que la gente nos odie tanto como para matarse sólo para matarnos?

La Cuaresma es una invitación a regresar a la vida. Dios no nos rechazará: “Aunque sus pecados sean como la escarlata, se volverán blancos como la nieve... Si están dispuestos a escuchar, comerán los bienes del país”. Si no lo estamos, queda entendido que nuestros pecados nos destruirán; moriremos.

En **San Mateo 23:1-12** Jesús nos advierte que no es suficiente con dejar que los oficiales de la Iglesia y sus autoridades piensen por nosotros: “Los escribas y fariseos ocupan la cátedra de Moisés; ustedes hagan y cumplan todo lo que ellos les digan, pero no se guíen por sus obras, porque no hacen lo que dicen”.

Tenemos que distinguir entre las enseñanzas *de la Iglesia* y las enseñanzas de aquellos que están *en* la Iglesia. A menos que se trate de una simple repetición de la doctrina de la Iglesia (sin interpretación), las enseñanzas de quien no está profundamente unido con Dios son causa de sospecha. Jesús dijo a los fariseos: “Raza de víboras, ¿cómo pueden ustedes decir cosas buenas, siendo malos? Porque la boca habla de la abundancia del corazón.”

Jesús dice que sólo tenemos un maestro. Quienes enseñan en la Iglesia son simplemente compañeros de estudio compartiendo con nosotros lo que han aprendido de él. Y siempre debemos de comparar lo que nos dicen con lo que nosotros, como discípulos que somos, hemos escuchado del Maestro.

Iniciativa: Sé un discípulo. Trata de aprender constantemente de Jesús mismo – pero hazlo con humildad: “todo el que se ensalza será humillado”.

Segunda Semana de Cuaresma Miércoles

El Salmo Responsorial es un acto de confianza en Dios al momento de confrontar oposición y peligro: “Sálvame, Señor, por tu misericordia” (Salmos 31).

En **Jeremías 18:18-20** la gente está tramando planes en contra de Jeremías a pesar de que él sólo les ha hecho el bien. Y él habla abiertamente sobre esto a Dios: “¿Acaso se devuelve mal por bien para que me hayan cavado una fosa? Recuerda que yo me presenté delante de ti para hablar en favor de ellos, para apartar de ellos tu furor”.

Ser buenos no nos salva de la persecución. No es necesario que exista una razón válida para que la gente nos ataque. Pero nosotros sí necesitamos una razón – una razón que Jeremías aún no tenía (ver los versículos 21-23) – para perdonar a aquellos que pagan el bien con el mal. Y ésta es la lección que aprendemos de Jesús. Es una lección que causa conmoción.

En **San Mateo 20:17-28** Jesús dice a sus discípulos (por tercera vez) que él va a salvar al mundo, no venciendo a sus enemigos por medio de la fuerza, sino soportando lo que le hicieran y *devolviéndoles amor*. Él los amaría a pesar de que lo llevaran a crucificar. Y Dios lo iba a salvar, pero no salvando su vida. La trama que sus enemigos tenían en su contra tendría éxito (al menos éxito como ellos lo entendían). El triunfo de Jesús iba a ocurrir por medio de algo que estaba más allá de su comprensión. Él iba a triunfar resucitando de entre los muertos para continuar su trabajo de salvación en el mundo, viviendo y actuando con, en y a través de todos los que acepten, por medio del Bautismo, formar parte de su cuerpo en la tierra.

Pero para que esto pase, sus discípulos deben aceptar vestirse con la mente de Cristo. Deben de alejarse del poder y del prestigio. Aquellos que reciben puestos de autoridad en la Iglesia, deben rehusarse a ser tratados con un respeto especial, como si fueran más importantes que los demás. “Ustedes saben que los jefes de las naciones dominan sobre ellas y los poderosos les hacen sentir su autoridad. Entre ustedes no debe suceder así”. En su Iglesia, Jesús divorció la dignidad de la función: nadie se considera “más alto” o “más bajo” a causa de su puesto, oficina o papel. Haciendo a un lado las prácticas actuales, la grandeza en la Iglesia debe expresarse y reconocerse por medio de *servicio* y no por medio de títulos o protocolos que imitan los rangos que hay en las corporaciones o en los ejércitos.

La respuesta de Jesús a sus dos discípulos que querían un puesto alto en la Iglesia fue: “¿Pueden beber el cáliz que yo beberé?”. Esto lo dice todo.

Iniciativa: Sé un discípulo. Toma en serio estas palabras de Jesús: “Carguen sobre ustedes mi yugo y aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón, y así encontrarán alivio”. Siéntete incómodo con cualquier señal de respeto especial que recibas por tu puesto o posición.

Segunda Semana de Cuaresma Jueves

El Salmo Responsorial nos dice dónde debemos buscar la seguridad: “*Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor*” (Salmos 1). Pero el Salmo nos deja en claro que ésta no es simplemente una esperanza ciega. La esperanza verdadera es la esperanza por la que *actuamos*. Así que el que “pone su confianza en el Señor: es el que “medita en sus leyes día y noche: para entenderlas. Esto es ser *discípulo*.”

Jeremías 17 5-10 nos dice que un discípulo “es como un árbol plantado al borde de las aguas, que extiende sus raíces hacia la corriente”. La conversión verdadera a Jesús es una conversión que se extiende hasta las raíces de nuestra vida y hasta las raíces de todas nuestras decisiones, y extiende esas raíces hacia Dios.

Esto puede tomar tiempo. No siempre reconocemos claramente las actitudes, los valores y los verdaderos objetivos que guían y determinan nuestras decisiones. Jeremías dice: “Nada más tortuoso que el corazón humano... ¿quién puede penetrarlo?”. Para ser un verdadero discípulo tenemos que hacer un esfuerzo constante para poder ver con mayor claridad los deseos que están activos en nuestros corazones. Creceremos hasta alcanzar el “amor perfecto” si tratamos continuamente de enfocar todas nuestras esperanzas y nuestros deseos en las prioridades del propio corazón de Jesús: que el nombre del Padre sea santificado, que venga a nosotros su reino, que se haga su voluntad tanto en la tierra como lo es en el cielo... Gradualmente nos rendimos y dejaremos que sean los deseos de Jesús los que rijan todas las decisiones de nuestras vidas. Esto es lo que significa *extender nuestras raíces* hacia él.

San Lucas 16:19-31 es una historia para hacernos pensar. El “hombre rico” de la historia aparentemente no se había dado cuenta que estaba pecando seriamente. ¿Cuántos de nosotros nos sentimos en “pecado mortal” por no ayudar activamente a los pobres? Esta misma falta de conciencia la encontramos en la descripción que Jesús hace del Juicio Final (San Mateo 25:31-46).

El hombre rico tenía cinco hermanos que tampoco se habían dado cuenta de lo mismo. Le rogó a Abraham que enviara a Lázaro para prevenirlos: “no sea que ellos también caigan en este lugar de tormento”. Pero Abraham le respondió: “Tienen a Moisés y a los Profetas; que los escuchen”. Dios nos exhorta una y otra vez: “Escuchen” (ve Isaías en la lectura del martes pasado: “Escuchen la palabra del Señor... Presten atención a la instrucción de nuestro Dios...”). Y Daniel en la lectura del lunes: “Nosotros hemos pecado, hemos faltado, hemos hecho el mal... No hemos *escuchado*...”). El hombre rico pensaba que sus hermanos escucharían si Lázaro se les apareciera. Pero Abraham le respondió: “Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, aunque resucite alguno de entre los muertos, tampoco se convencerán”.

¿Qué se necesitará para que nos hagamos sus *discípulos*?

Iniciativa: Sé un discípulo. Examina seriamente tus prioridades. Toma bastante tiempo para escuchar a tu propio corazón y a Dios al mismo tiempo.

Segunda Semana de Cuaresma Viernes

El Salmo Responsorial nos exhorta a recordar lo que Dios ha hecho para confiar en lo que él hará: “*Recordad las maravillas que hizo el Señor*” (Salmos 105).

En la historia de José, **Génesis 37:3-28**, podemos dar una mirada retrospectiva a “las maravillas que hizo el Señor”. Ahora que sabemos lo que posteriormente hizo José por su familia, entendemos que era la mano de Dios la que guiaba las decisiones de sus hermanos; no matarlo y después venderlo como esclavo. Pero, es probable que cuando lo llevaban encadenado a otro país, José pensaba que ¡Dios podía haber hecho por él más de lo que hizo! Sin embargo y en realidad, Dios estaba haciendo mucho más de lo que José podía imaginarse. Dios iba a usar el pecado de sus hermanos para poner a José en una posición que luego le permitiría salvar a toda su familia (vea Génesis capítulos 39 al 50).

En **San Mateo 21:33-46** vemos que José era una señal anticipada de Jesús. Jesús también fue traicionado por su propia gente, por su familia. “Los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo” de Israel no querían que Jesús tomara su lugar. En la parábola, ellos eran los arrendatarios que dijeron: “Éste es el heredero: vamos a matarlo para quedarnos con su herencia”. Y Dios no intervino para evitar que lo mataran.

A los que creían en Jesús, esto les pareció una derrota total porque no recordaban “las maravillas que hizo el Señor”. Si las hubiesen recordado, habrían sabido que Dios es capaz de lograr sus propósitos a pesar de la oposición de sus enemigos y aún usando sus victorias en contra de ellos.

Lo que Jesús les dice aquí a sus enemigos es que aunque lo mataran, no iban a poder derrotar el plan de Dios: “¿No han leído nunca en las Escrituras:

*La piedra que los constructores rechazaron
ha llegado a ser la piedra angular:
esta es la obra del Señor,
admirable a nuestros ojos?”*

Aquí los sumos sacerdotes y los ancianos comprendieron que, en su parábola, Jesús “se refería a ellos”.

Recordar es un elemento primordial del discipulado. La Eucaristía es recordar. “Celebrar” significa “señalar para recordar con agradecimiento”. Si recordamos (usualmente leyendo o escuchando) las maravillosas obras de Dios y reflexionamos en ellas, y si les permitimos que nos inviten a tener fe, esperanza y amor, nuestra asimilación del pasado nos preparará para el futuro. Pero para lograrlo, tenemos que recordar *activamente*. La fórmula para recordar por medio de las Escrituras es “*Confrontar, hacer preguntas y luego decidir*”. *Recordamos* para poder *entender* y para *actuar*.

Iniciativa: Sé un discípulo. Usa el tesoro de las obras de Dios registradas en las Escrituras. Basado en lo que ha hecho, deduce lo que puedes esperar de él. Aprende a tener esperanza.

Segunda Semana de Cuaresma Sábado

El Salmo Responsorial nos da el valor para convertirnos a Dios con todo nuestro corazón: “*El Señor es compasivo y misericordioso*” (Salmos 103).

Miqueas 7:14-20 nos dice que Dios arrojará “en lo más profundo del mar todos nuestros pecados”, y nos “guiará” para que podamos “alimentarnos” con la verdad, y alcanzar la plenitud de la vida. Cuando nos volvamos a Dios, además de aceptarnos, él saldrá a abrazarnos y a colmarnos de bendiciones que enriquecerán nuestras vidas.

Esto es lo que Jesús nos dice por medio de la historia del “hijo pródigo” que encontramos en **San Lucas 15:1-32**. Aunque esta historia se refiere más al padre que al hijo, nos muestra vividamente cómo ocurre una conversión. Y si la estudiamos, aprenderemos algo acerca de la conversión como tal.

La conversión del hijo no comienza en un nivel muy alto; él simplemente se *da cuenta* de lo miserable que es. Y al darse cuenta, no se resigna pretendiendo que eso era todo lo que podía esperarse de la vida. Enfrenta el hecho de que hay algo mejor y que no tiene por qué soportar la miseria que está viviendo. Para nosotros, la conversión requiere de un acto de *fe*, de creer que hay “algo más” que nos ha sido ofrecido.

Y él *recuerda*. Piensa cómo eran las cosas en su casa y ve su vida bajo una luz distinta, para así comenzar a apreciar lo que antes tenía. Para nosotros, la conversión puede involucrar el ponernos en contacto con experiencias religiosas que tuvimos de niños o de mayores, experiencias de Dios y de nuestra relación con él que pueden haber marcado nuestra Primera Comunión u otros momentos de nuestra vida.

El hijo toma una *decisión*, y esta decisión es de *actuar*. “Ahora mismo iré...”. Toda conversión verdadera ocurre en momentos de decisión, de elección. No nos llenaremos de luz y de amor mientras estamos sentados sin hacer nada, o si sucede, no tendrá ningún efecto hasta que tomemos una decisión.

La decisión del hijo no fue simplemente dejar de hacer algo que antes hacía. Fue regresar y adoptar todo un *estilo de vida*. Y aunque lo deseaba, no sabía aún que podía renovar la relación afectiva con su padre. Cuando éste le ofreció renovarla, aceptó con alegría. Para nosotros, la conversión verdadera ocurre cuando aceptamos una *relación* nueva o más profunda – ya sea con el Padre, con Jesús, con el Espíritu Santo o con la Iglesia – que influirá en toda nuestra vida.

Finalmente, el hijo *expresa* su conversión, no sólo regresando, sino *confesando* sus pecados como lo que eran: un rechazo a la relación con su padre. El padre responde restaurando esa relación y amplificándola. Y esto es lo mismo que el Padre hace por nosotros.

Iniciativa: Sé un discípulo. No fijas límites a “la anchura y la longitud, la altura y la profundidad” de la relación que cultivarás con Dios.

Tercer Domingo de Cuaresma (Año A)

La Paz de la Conversión

INVENTARIO

¿Hay momentos en que me siento desalentado por la falta de crecimiento de mi amistad íntima con Dios? ¿Me siento tentado, a raíz de mis pecados o de mis culpas, a dejar de leer las Escrituras y de rezar? Cuando me siento así, ¿cómo se sentirá Dios?

ALIMENTACIÓN

La Antífona de Entrada nos anima a creer que Dios trabaja *siempre* para librarnos de lo que evita que nos acerquemos a él: “Tengo los ojos puestos en el Señor, porque él me libra de todo peligro”. Y Dios nos dice: “*manifestaré mi santidad por medio de ustedes*” – su amor, su misericordia y su poder – “los reuniré de entre todos los países y los llevaré a su propio suelo. Los rociaré con agua pura, y ustedes quedarán purificados... Les daré un corazón nuevo y pondré en ustedes un espíritu nuevo”.

¿Es ésta una buena razón para perseverar? Dios acepta que nuestra conversión sea gradual. Y nosotros debemos hacer lo mismo. Lo único que nos pide es que “sigamos avanzando”. Por esto, en la Oración Colecta, pedimos: cuando “estamos agobiados por *nuestras culpas*... reconfortanos con *tu amor*”.

La Voz que Debemos Escuchar

El Salmo Responsorial nos alerta sobre las distintas “voces que claman en el desierto”. “*Señor, que no seamos sordos a tu voz*” (Salmos 95). Podemos escuchar la voz de Dios o las otras voces que vienen de nuestras propias predisposiciones, de la influencia de la cultura, o aún del mal. ¿Cómo podremos saber cuál es cuál?

El **Éxodo 17:3-7** nos previene que debemos de sospechar de toda voz que nos lleve al desánimo o nos sugiera dudar del amor de Dios, de su confiabilidad o de su disposición a ayudarnos. El camino se había puesto difícil en el desierto. La gente empezaba a dudar de que alcanzarían la Tierra Prometida. Estaban tentados a regresar a la vida que habían dejado: seguridad a cambio de esclavitud. Se quejaron con Moisés: “¿Para qué nos hiciste salir de Egipto?”. ¿A qué voz estaban escuchando en ese momento?

Dios se caracteriza por alentar y construir, no por desanimar ni destruir; Así que, en el momento en que nos demos cuenta que un pensamiento está bloqueando nuestro avance, que nos está llevando al desánimo o a la pérdida de confianza en el amor de Dios, debemos rechazarlo. Cuando oímos que una voz nos dice: “Sólo eres un orgulloso, estás delirando; ¿Qué te hace pensar que Dios pedirá de ti algo grande? Sé realista. Sé humilde y confórmate con una vida ordinaria y mediocre. ¡Tú no eres un discípulo!”, es momento de orar al Señor “lentos de júbilo”, de “Aclamar la roca de nuestra salvación” y de soñar en grande, confiando no en lo que somos, sino en lo que Dios es.

La Base de la Esperanza

Romanos 5:1-8 cimienta nuestra razón para tener esperanza de que Dios se encarnó en Jesús y eligió morir por nosotros “cuando todavía éramos débiles”. El argumento de San Pablo es:

“Difícilmente se encuentra alguien que dé su vida por un hombre justo; tal vez alguno sea capaz de morir por un bienhechor. Pero la prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores”.

Si los peores pecados que hemos cometido no convencieron a Jesús de no morir por nosotros, ¿pensamos que los pecados que estamos cometiendo ahora lo harán dejar de derramar su gracia en nosotros? Después de haber muerto para ganarnos para él, ¿se rendirá cuando parece que nos está perdiendo? El problema es que cuando nos desalentamos nos fijamos en nosotros mismos y en nuestras fallas, en lugar de fijarnos en Jesús y en su amor.

La característica del amor de Dios es la *fidelidad*. Las palabras que Moisés escuchó cuando Dios le “mostró su gloria” fueron: “El Señor es un Dios compasivo y bondadoso, lento para enojarse, y pródigo en *amor y fidelidad*” (Éxodo 33:12 al 34:6). Si pensamos más en lo que Dios es, y menos en lo que nosotros *no* somos, encontraremos el camino que nos alejará del desánimo.

Jesús el Pescador

San Juan 4:5-42 nos muestra la forma en que Jesús interactúa con los pecadores. Jesús inicia una conversación con una samaritana a la que conoce en el pozo del pueblo (para los judíos, los samaritanos eran como herejes). Comienza pidiéndole un vaso de agua. Luego, poco a poco, se involucra más profunda y personalmente con ella. Cuando ella le dice que no tiene esposo, Jesús responde: “Tienes razón al decir que no tienes marido, porque has tenido cinco y el que ahora tienes no es tu marido”. Pero le da crédito: “has dicho la verdad”.

¿La estaba juzgando? El único juicio obvio de Jesús fue que ella valía lo suficiente como para hablarle, y que era capaz de responderle con fe. Y antes de que terminara el día, “Muchos samaritanos de esa ciudad habían creído en él por la palabra de la mujer”.

Una conversión a Jesús (o una conversión más profunda a Jesús) puede empezar en cualquier momento de nuestras vidas, y no tiene por qué ser de inmediato una conversión total y completa. Ni siquiera hay registro de que Jesús le hubiera pedido a la mujer que dejara de vivir con el hombre con quien no estaba casada. Tal vez aún no estaba lista para dar ese paso. Ni tampoco le pidió a los samaritanos que dejaran sus falsas creencias. Él los aceptó como eran y estaba dispuesto a trabajar con ellos. Lo que les dijo a sus discípulos fue: “Levanten los ojos y miren los campos: ya están madurando para la siega”. Ellos deberían de enfocarse, no en los pecados de la gente, sino en su potencial. El papel de los discípulos no es alejar a la gente, sino acercarlos. Esto significa aceptarlos como son.

Para aceptar a los demás como son, tenemos que creer que Jesús *nos* acepta como *somos*.

VISIÓN

¿Me enfoco más, en lo que evita que tenga (o que evita que los demás tengan) una relación plena con Jesús, o en lo que hay en mí (y en ellos) para trabajar?

INICIATIVA

Decídate a nunca dejar que un pecado o una falla bloquee tu interacción con Jesús de todas las maneras posibles para ti, aquí y ahora.

Tercera Semana de Cuaresma Lunes

El Salmo Responsorial nos enseña a escuchar nuestros corazones y seguirlos: “*Mi alma tiene sed del Dios vivo: ¿cuándo veré el rostro de Dios?*” (Salmos 42-43).

Reyes 5:1-15 nos expone una causa frecuente por la que nuestras vidas espirituales no progresan: No hacemos las cosas fáciles y pequeñas porque pensamos que no tendrán efecto alguno. Y a fin de cuentas nada hacemos.

Naamán estaba dispuesto a invertir mucho tiempo y dinero en curarse de su lepra. Pero lo único que el profeta le pidió fue que se fuera a bañar siete veces en el río Jordán. Naamán esperaba una ceremonia grandiosa y se alejaba enojado cuando sus sirvientes le dijeron: “si el profeta te hubiera mandado una cosa extraordinaria ¿no la habrías hecho? ¡Cuánto más si él te dice simplemente: Báñate y quedarás limpio!”. Así lo hizo y quedo limpio.

¿Hay algo en tu alma que *tiene sed del Dios vivo*? ¿Hay momentos en los que deseas ser un discípulo de Jesús para sentarte a sus pies y aprender cómo es, cómo piensa, qué desea y cómo podrías ser como él? Pero, ¿te parece que esto está fuera de tu alcance, que es algo en lo que tendrías que invertir tanto tiempo y energía que no podrías hacer otra cosa? Y por eso ¿no haces nada al respecto?

Imagínate que empiezas con poco. Consigue una copia barata de la Biblia en la que no te de miedo escribir y subrayar. No la pongas en una mesa; ponla en tu *almohada*, para que no te vayas a dormir sin tomarla en tus manos. Dile a Dios que leerás un renglón cada noche antes de irte a dormir.

¿Te parece algo difícil? Estás pensando: “y eso ¿de qué servirá? ¡Es algo insignificante!”.

¿Por qué no lo intentas? La experiencia nos muestra que cada noche leerás dos o tres renglones (pero si sólo lees uno, habrás cumplido con tu compromiso. ¡Puedes dormir satisfecho!). Y si lo haces, toda tu vida comenzará a cambiar. Habrás empezado a ser un *discípulo*.

En **San Lucas 4:24-30** la gente ni siquiera escuchaba a Jesús. ¿Por qué? ¿Eran celos hacia un paisano de su pueblo? ¿Se sentían amenazados? ¿O simplemente resentían la idea de que tenían que hacer cambios en su vida? Puede ser que ni ellos mismos supieran el por qué.

Si te sientes renuente a empezar algo tan sencillo como leer un renglón de la Biblia cada noche, pregúntate por qué. ¿Sientes miedo? ¿Enojo? ¿Apatía? Busca la causa. Pero finalmente pregúntate: “*¿cuándo veré el rostro de Dios?*”.

Iniciativa: Sé un discípulo. Haz algo, sin importar lo pequeño que sea, para dar el primer (o el siguiente) paso al discipulado. Para empezar, ¡coloca la Biblia en tu almohada!

Tercera Semana de Cuaresma Martes

El Salmo responsorial nos llama a creer que, sin importar nuestro punto de partida, Dios nos ayudará: “*Señor, recuerda tu misericordia*” (Salmos 25).

Salmos 25 nos muestra la misericordia de Dios en forma concreta: “*Muéstrame, Señor, tus caminos, enséñame tus senderos. Guíame por el camino de tu fidelidad...*”. “Tener misericordia” significa “ayudar a otro a causa de un sentido de relación”. Dios tiene misericordia de nosotros, no sólo dándonos “pinceladas” desde lo alto, sino *interactuando* con nosotros a nuestro nivel, guiándonos y asistiéndonos para que nos ayudemos a nosotros mismos. Para que Jesús sea nuestro Maestro, tenemos que volvernos sus discípulos, sus *estudiantes*.

El pasaje en **Daniel 3:25-43** inicia admitiendo que las cosas no son como debieran ser: “Señor, que somos más pequeños que todas las naciones, que hoy estamos humillados en toda la tierra, por causa de nuestros pecados; ya no hay, en esta hora, príncipe, profeta ni caudillo...”. ¿Acaso no hay ocasiones en que nos sentimos tentados a decir lo mismo de nuestra nación o nuestra Iglesia?

¿Qué nos puede dar confianza? Tres cosas: 1. si nos acercamos a Dios con un “corazón contrito y nuestro espíritu humilde”; 2. si *queremos* “seguirlo sin reservas y de todo corazón”; y 3. si *confiamos*, “porque no hay confusión para los que en ti confían”.

No debemos de rebajar nuestros ideales o abandonar el objetivo. El objetivo es el “amor perfecto”, nuestra entrega total a Dios. Debemos aferrarnos a este objetivo. Pero podemos admitir nuestra debilidad, reconocer que aún no estamos listos para responder con todo nuestro corazón. Es suficiente responder con un corazón “contrito y humilde”, admitiendo nuestros pecados y teniendo la esperanza de que un día seremos mejores, aún cuando hoy no sea ese día. Nuestra *confianza* no está puesta en lo que podemos hacer o en lo que podemos predecir que haremos. Nuestra confianza está puesta en lo que Dios puede hacer. Así que, en este momento, seguimos interactuando con él de todas las formas posibles. Y confiamos orando así: “*Señor, recuerda tu misericordia*”.

San Mateo 18:21-35 nos enseña que se nos dificultará creer que Dios hará por nosotros lo que nosotros no hacemos por los demás. Si nos rehusamos a perdonar sin límites, puede ser que nos parezca incomprensible que alguien lo pueda hacer, ni siquiera Dios. En esta historia, el verdadero pecado del primer deudor fue su falta de atención a la forma de ser de su rey. Estaba tan enfocado en el dinero que ni siquiera notó lo que su rey había hecho por él. No entendió.

El enfoque de nuestra religión (o sea, de nuestras vidas) debe estar puesto siempre en aprender la forma de ser de Dios para poder ser como él. Si no lo hacemos, no habremos entendido.

Iniciativa: Sé un discípulo. Has lo que puedas hacer. No te sientas rechazado por Dios por que haya cosas que aún no estás listo para hacer. Muestra que crees en su misericordia.

Tercera Semana de Cuaresma Miércoles

El Salmo Responsorial nos invita a apreciar a Dios, enfocándonos en sus enseñanzas que son buenas y dadoras de vida: “*Glorifica al Señor, Jerusalén*” (Salmos 147). Glorificar a Dios nos llevará a apreciarlo.

Deuteronomio 4:1-9 se enfoca, no en los *requisitos* de la ley de Dios, ni en lo difícil que puede ser obedecerlos (ambas son cosas en las que nosotros tendemos a enfocarnos), sino en lo sabio y dadores de vida que son. “Y ahora, Israel, escucha los preceptos y las leyes que yo les enseñé para que las pongan en práctica. Así ustedes vivirán”. Si vivimos de acuerdo a las enseñanzas de Dios seremos “sabios y prudentes a los ojos de los pueblos”. Aún los que no creen reconocerán que somos gente “sabia y prudente”.

En **San Mateo 5:17-19** Jesús nos dice que nos va a llevar más allá de la sabiduría de las leyes que Dios le dio a los judíos. Jesús no contradice o invalida las enseñanzas previas de Dios; simplemente va más allá de ellas: “No piensen que vine para abolir la Ley o los Profetas: yo no he venido a abolir, sino a dar cumplimiento”.

Las enseñanzas de Jesús y su “nuevo mandamiento”: “ámense los unos a los otros así como yo los he amado” van más allá de los Diez Mandamientos. A los que no están iluminados por la fe cristiana pueden parecerles una “tontería”. Pero con la ayuda de la palabra de Dios y de su espíritu, podremos entender la sabiduría de sus enseñanzas (ve Corintios 1:18-25; 2:6:16; 3:18-29; San Juan 13:34).

Sin embargo, esto supone que somos *discípulos* ávidos de *meditar* y *entender* los mandamientos de Dios; y no sólo “seguidores” que obedecen ciegamente sin entender. Nuestro objetivo no es nada más hacer lo que Dios dice, sino estar *unidos* con él en mente y corazón. Él no quiere que únicamente obedezcamos sus leyes, quiere que entendamos y aceptemos los principios, las actitudes y los valores de Dios que las inspiraron. El objetivo siempre es *conocer* a Dios y *amarlo* más para entender la verdad y la bondad de su ser.

En todas las religiones hay quienes sólo buscan “las respuestas”. Quieren doctrinas claras y sencillas, reglas claras y sencillas, y una adherencia y aceptación uniforme de parte de todos. Ellos no hacen preguntas. No están abiertos a la interpretación o a la adaptación de las reglas a las circunstancias, y desalientan la investigación teológica. Éste es el espíritu de los fariseos y de los “maestros de la ley”. Jesús dice de ellos: “Atan pesadas cargas y las ponen sobre los hombros de los demás” (San Mateo 23:4; San Lucas 11:46). Pero los *discípulos* quieren *conocer* a Dios.

Iniciativa: Sé un discípulo. Pregúntate por qué Dios nos manda hacer lo que nos manda hacer. Trata de entender “la anchura y la longitud, la altura y la profundidad” de sus enseñanzas y de las leyes de la iglesia.

Tercera Semana de Cuaresma Jueves

El Salmo Responsorial es una respuesta inesperada a la primera lectura. Nos apremia diciendo: *“Ojala escuchéis hoy la voz del Señor: ‘No endurezáis vuestro corazón’”* (Salmos 95).

Pero en la primera lectura, Dios le dice a **Jeremías (7:23-28)** que cuando ordenó al pueblo: “Escuchen mi voz...”, “ellos no escucharon”. Ni tampoco escucharon a los profetas. Y advierte a Jeremías: “Tú les dirás todas estas palabras y no te escucharán”.

Dios pinta aquí una imagen muy oscura de su pueblo en esos días. Y nosotros podríamos pensar, en nuestros momentos de desánimo, que ésta es también una descripción factible de la gente de nuestros tiempos!

Así que se trata de un optimismo deliberado cuando el Salmo Responsorial nos alienta diciendo: *“Ojala escuchéis hoy la voz del Señor: ‘No endurezáis vuestro corazón’*. Pero el punto primordial es precisamente ese optimismo. Dios no se rinde cuando se trata de nosotros; y nosotros no debemos rendirnos cuando se trata de nosotros mismos o de los demás. La razón para ser optimistas es que podemos confiar en algo más que en nosotros mismos. Nuestra esperanza está puesta en lo que Dios puede hacer para darnos vida como respuesta a su palabra. Si Dios no se ha rendido aún, el optimismo es la única postura que tiene sentido.

San Lucas 11:14-23 nos muestra a Jesús expulsando un demonio que hacía mudo a un hombre. Aquí hay un simbolismo intencional. Físicamente, ser sordo y ser mudo frecuentemente van de la mano: es difícil para alguien que no puede escuchar los sonidos poder hablar claramente. En la vida espiritual, lo que evita que demos una *respuesta* a Dios es que simplemente no hemos *oído* porque no estamos escuchando con el deseo de oír. “Porque el corazón de este pueblo se ha endurecido, tienen tapados sus oídos... para que sus... oídos no oigan, y su corazón no comprenda, y no se conviertan, y yo no los cure” (San Mateo 13:15).

Pero Jesús puede curarnos. Y lo hace librándonos del “demonio” y de cualquier fuerza del mal o del pecado que esté cerrando nuestros corazones y nuestros oídos a su voz. Él tiene la fortaleza para lograrlo. Nos puede librar de todo lo que nos ata.

Hay, sin embargo, una condición. Tenemos que “reunirnos” con Jesús. Si no lo hacemos, estaremos dispersos como ovejas atacadas por lobos. “El que no está conmigo, está contra mí; y el que no recoge conmigo, desparrama”. Nadie puede ser “neutral” cuando se trata de Jesús. No pertenecer a él es oponérsele, porque si no nos reunimos con él es inevitable que seamos arrastrados fuera de curso por las bienintencionadas corrientes de la falsedad, miedo, ambición y destructividad del mundo. Sólo Jesús es la roca de nuestra salvación (ve Salmos 18:2; 40:2; 62:2; San Mateo 7:21-27). *“Ojala escuchéis hoy la voz del Señor: ‘No endurezáis vuestro corazón’”*.

Iniciativa: Sé un discípulo. Escucha la palabra de Dios con una fe alerta y con esperanza gloriosa.

Tercera Semana de Cuaresma Viernes

El Salmo Responsorial es una invitación a la sabiduría: “*Yo soy el Señor, Dios tuyo: escucha mi voz*” (Salmos 81).

La sabiduría se define como “gusto por las cosas espirituales” (del latín *sapientia, sapor*). Las tres lecturas nos alientan a buscar nuestro bienestar por medio de una relación con Dios: Escuchar su voz como discípulos y amar lo que escuchamos. Esta es la sabiduría.

En **Oseas 14:2-10** Dios nos revela que su respuesta a nuestras culpas es el amor. Dios hace que nos acerquemos a él por medio del amor: “Vuelve, Israel, al Señor tu Dios, porque tu falta te ha hecho caer”. La promesa de Dios es: “Yo los curaré de su apostasía, los amaré generosamente”.

El texto enfatiza que quien habla es el “Señor tu Dios”. La razón para creer en el amor y la misericordia de Dios es que Dios no es como los demás. Su amor es único. Es lo que define a Dios como Dios.

Cuando Dios mostró a Moisés su “gloria” le dijo, “Yo haré pasar junto a ti toda mi bondad”. Luego “el Señor pasó delante de él y exclamó: “El Señor es un Dios compasivo y bondadoso, lento para enojarse, y *pródigo en amor* [también traducido como amor eterno] y *fidelidad*” (Éxodo 33:12 – 34:6).

El *amor eterno* y la *fidelidad*, son los rasgos más característicos de Dios. Estas palabras son “una definición virtual de Dios” (comentario bíblico San Jerónimo sobre San Juan 1:14. Ve las palabras en hebreo *hesed* y *emet*, que se traducen como “gracia y verdad” o como “bondad y fidelidad”). Si entendemos a Dios como “amor eterno”, desearemos entrar en una relación con él. Ésta es la *sabiduría*. Es la fuerza detrás del *discípulo*. Si conocemos al “Señor, Dios tuyo, querremos “escuchar su voz”, Oseas termina con: “¡Qué el sabio comprenda estas cosas!”.

San Marcos 12:28-34 nos muestra cuando Jesús alaba a un escriba por entender que el principio y el fin de nuestra respuesta a Dios es el amor. Éste es el “mandamiento más grande”. Una moralidad auténtica cimienta todo lo que hacemos para responder al amor de Dios por nosotros. Para el sabio, el principio que guía toda decisión moral debe ser esta pregunta: “¿Es esto algo que muestre mi amor por Dios y por los demás?”.

El Vaticano II nos enseña que “todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la *perfección del amor*” (La Iglesia No. 40). Ya que esto aún no lo alcanzamos, tenemos que adoptar un programa como *discípulos* para poder aprender a amar a Dios con todo nuestro corazón y a vivir la vida en plenitud. Hacer esto es la *sabiduría*.

Iniciativa: Sé un discípulo. Decídate a ser sabio. Haz un plan de crecimiento para alcanzar el “amor perfecto”.

Tercera Semana de Cuaresma Sábado

La Respuesta al Salmo 51 es de Oseas 6:6: “*Quiero misericordia, y no sacrificios*”. Y el verso continúa: “*conocimiento de Dios más que holocaustos*”. El tema común de las tres lecturas es que Dios ve el corazón, no las acciones externas. Lo que Dios quiere de nosotros es amor profundo y duradero y que tengamos el deseo de conocerlo. No busca solamente “ortodoxia” o actos de observancias religiosas por más buenas que sean.

Oseas 6:1-6 es un llamado a la conversión que nos dice dos cosas:

1. No hay duda que Dios nos “sanará” y nos “revivirá”. 2. Para que esto ocurra debemos de cambiar nuestros corazones, no sólo nuestra conducta. “Porque yo quiero amor y no sacrificios, conocimiento de Dios más que holocaustos”. La exhortación de Oseas es: “*Conozcamos al Señor, Esforcémonos por conocer al Señor*”.

En **San Lucas 18:9-14** Jesús nos ofrece esta enseñanza en forma de una historia. En esta historia necesitamos enfocarnos en el contraste de *actitudes* entre el fariseo y el publicano (los recaudadores de impuestos eran considerados extorsionadores y colaboradores de los romanos).

La actitud del fariseo está muy extendida en la Iglesia de hoy. La encontramos en quienes sienten la necesidad de defender la Iglesia de los “teólogos”, de los “liberales” y de los católicos “tolerantes” que no se adhieren ciegamente a todas las reglas y directivas que los varios departamentos del Vaticano envían, y que no aceptan ciegamente todas las reglas de doctrina del “magisterium” como representante de todas las enseñanzas de la Iglesia. Ellos no sólo se tienen “por justos”, sino que también se sienten convencidos de su ortodoxia (tanto que cuando escuchan a alguien enseñar o predicar no lo hacen para aprender y responder, sino para ver qué tan ortodoxo es el que está hablando). No tienen nada nuevo que aprender porque han limitado sus intereses a “las respuestas” que ellos aceptan de las preguntas actuales, sin contrastarlas con las enseñanzas históricas y verdaderamente universales de la Iglesia. Y ya que reducen la verdad solamente a lo que ven, están convencidos que lo que ven es toda la verdad. Así que están característicamente sordos a las explicaciones y a las respuestas que reciben de sus objeciones. Sólo escuchan para comparar lo que oyen con lo que ellos creen y para condenar cualquier cosa que no concuerde.

Ésta es una “idolatría prefabricada” que excluye toda interacción personal con el misterio del Dios viviente. Es el fariseísmo y es un rechazo letal al *discipulado*.

Iniciativa: Sé un discípulo. Busca aprender, y no juzgues antes de entender.

Cuarto Domingo de Cuaresma (Año A) **La conversión a un nuevo sistema de guía**

INVENTARIO

¿En qué me baso para tomar la mayoría de mis decisiones? ¿en el sentido común?, ¿aplico reglas y doctrinas a la situación? ¿Reflexiono en las cosas a la luz de las Escrituras? ¿Trato de discernir la voz del Espíritu Santo en mi corazón?

ALIMENTACIÓN

La Antífona de Entrada nos pide que nos regocijemos en la Iglesia (la nueva Jerusalén): “Alégrate, Jerusalén y todos los que la aman, reúnanse. Regocíjense con ella todos los que participen de su duelo y quedarán saciados con la abundancia de sus consuelos”. Puede ser que las muchas fallas que vemos en la Iglesia nos entristezcan. Pero si la amamos, buscaremos alimentarnos de ella y no nos será difícil encontrar su alimento. Sólo tenemos que saber donde buscar con los ojos de la fe. O sea, tenemos que seguir el sistema de guía divino.

En la Oración Colecta declaramos al “Padre de la paz” que nuestra relación con “su Hijo Jesucristo” es la causa de nuestra alegría. Seguimos a la Iglesia durante el tiempo de Cuaresma rumbo a la Pascua “con el anhelo de la fe y del amor”, sabiendo que estamos siendo guiados a la plenitud de la vida.

A Través de los Ojos de Dios

El Salmo Responsorial (Salmos 23) nos llama a vivir y afirmar con fe que, a pesar de las apariencias, “*El Señor es mi pastor, nada me falta*”.

1Samuel 16:1-13 nos enseña a no juzgar por las apariencias: “Dios no mira como mira el hombre; porque el hombre ve las apariencias, pero Dios ve el corazón”. Si queremos ser sus discípulos, no es suficiente con aceptar lo que Jesús ve y lo que nos dice; tenemos que aprender a ver todas las cosas como las ve él.

Aunque aquí hay un proceso de aprendizaje (como humanos tenemos que formarnos el hábito de ver las cosas como lo hace Dios) se trata primordial y principalmente de un don de Dios. Sólo por el don divino de la fe podemos ser partícipes del conocimiento de Dios. Y esto es la iluminación cristiana: ver a través de lo que Cristo, que está en nosotros, ve. Para ser auténticos discípulos de Jesús, tenemos que convertirnos y usar un nuevo sistema de guía: Usar la luz divina de Dios en nosotros, en lugar de la luz natural de la razón humana. “*El señor es mi pastor*. Si dejo que me muestre la verdad y que me guíe, *nada me falta*.”

La Luz de la Vida

Efesios 5:8-14 insiste que debemos reconocer la diferencia que hay entre la guía de Jesús y la luz de éste mundo - nuestro condicionamiento cultural y las tendencias y los valores actuales de nuestra sociedad. Incluyendo la brillantez de los intelectuales miopes que, a pesar de sus impresionantes conocimientos, están ciegos incluso a lo que la luz natural de la razón podría decirles sobre de Dios. En contraste a ellos, San Pablo dice a los creyentes: “Antes, ustedes eran tinieblas, pero ahora son luz en el Señor. Vivan como hijos de la luz”.

No se trata de rechazar la razón humana. Como discípulos de Dios hecho hombre en Jesús, aceptamos que todo lo humano es bueno. Se trata más bien de *trascender* lo humano; de “ir más allá” de lo meramente humano para vivir, ver y actuar al nivel de Dios. Para ser discípulos de Jesús, Dios y hombre, tenemos que convertirnos a vivir vidas que no sean solamente humanas, sino divinas. El Señor es mi pastor; él me guía, no sólo por el “buen camino”, sino rumbo a pasturas que nuestras mentes terrenales no pueden siquiera imaginar. Jesús vino para que sus ovejas “tengan Vida y la tengan en abundancia” (San Juan 10:10). Pero nuestra vida y nuestra alegría sólo podrán llenarse con algo que satisfaga la capacidad que tenemos de la verdad total, de la bondad total y del amor total. Sólo por medio de Espíritu Santo derramando en nosotros es que nuestra “copa se derrama”.

Luz en el Mundo

Un tema básico de **San Juan 9:1-41** es que la luz de Dios está presente *en el mundo*, y que la encontramos en acciones humanas comunes y corrientes. Cuando Jesús abrió lo ojos del ciego de nacimiento, “escupió en la tierra, hizo barro con la saliva y lo puso sobre los ojos del ciego”. Esto es algo tan terrenal que nos conmueve; ¡esperaríamos algo más higiénico de Dios! En seguida le dijo al ciego: “Ve a lavarte a la piscina de Siloé”. El milagro nos se iba a realizar hasta que se diera un baño.

Esto lo hizo para enfatizar que es por medio de acciones humanas que nos acercamos a lo divino. Formamos parte de una iglesia que es muy humana. Escuchamos con nuestros oídos, leemos con nuestros ojos, pensamos con nuestros cerebros, tomamos decisiones con nuestras voluntades y las llevamos a cabo por medio de acciones con nuestras manos y pies. Dios no nos enciende como si fuéramos simples focos. Para alcanzar la luz tenemos que ser *discípulos*, o sea, *alumnos activos*.

San Juan dijo: “La Palabra era la luz verdadera que, al venir a este mundo, ilumina a todo hombre” (San Juan 1:9). Jesús viene de lo alto, pero lo encontramos al nivel del suelo. Lo encontramos en “palabra y sacramento” cuando nos reunimos con los demás para adorarlo y cuando tenemos un compromiso serio con Jesús quien nos ilumina por medio de los sacerdotes, maestros y grupos de discusión.

El que antes estaba ciego preguntó a los fariseos: “¿También ustedes quieren hacerse discípulos suyos?”. Ésta es la misma pregunta que nos hace el Evangelio. ¿Cómo responderás?

VISIÓN

¿Qué cosas humanas tengo que hacer para estar más abierto a la luz divina de Cristo? ¿Cómo puedo usar mis ojos, oídos, boca, manos y pies?

INICIATIVA

Sé específico sobre la forma en que buscarás un encuentro con Cristo por medio de “palabra y sacramento”. ¿Cómo usarás las Escrituras, la Eucaristía y la confesión? ¿Cómo buscarás a Cristo en la comunidad cristiana? ¿Por medio de que tipo de interacción?

Cuarta Semana de Cuaresma Lunes

El Salmo Responsorial es un anuncio del camino escogido por Dios para salvar al mundo: “*Te ensalzaré, Señor, porque me has librado*” (Salmos 30).

No todos alaban a Dios a causa del camino que escogió en Jesús para rescatarnos. Los que vivían en los tiempos de Jesús y que buscaban un Mesías que los librara de la opresión de los romanos no le dieron la bienvenida. Ellos querían un Mesías que llenara su país de prosperidad, paz y justicia y que bloqueara al mal, si era necesario, por medio de la fuerza ya fuera humana o divina.

Cuando se dieron cuenta que Jesús no era la clase de Salvador que esperaban, vociferaron: “¡Fuera! ¡Fuera! ¡Crucifícalo!” (San Juan 19:15).

En nuestros días, muchos piensan que si observan la ley de Dios y rezan, Dios hará que sus seres queridos vivan en este mundo vidas seguras y sin sufrimiento. Cuando les ocurre un tragedia se alejan de Dios enojados y desilusionados. Jesús no es la clase de Salvador que ellos buscan.

Isaías 65:17-21 parece alentar esta suposición sobre el camino que Dios escogió para rescatarnos y bendecirnos. Dios promete de Jerusalén: “nunca más se escucharán en ella ni llantos ni alaridos. Ya no habrá allí niños que vivan pocos días ni ancianos que no completen sus años... Edificarán casas y las habitarán, plantarán viñas y comerán sus frutos”. Pero esto no es lo que Jesús vino a cumplir. Para aceptarlo como Salvador, tenemos que aceptar un sistema de guía totalmente nuevo y una forma nueva de juzgar lo que para nosotros es bueno y lo que es malo, lo que es una bendición y lo que es una maldición.

En **San Juan 4:43-54** vemos como Jesús sana al hijo de un funcionario real (pero no sin que éste cambie su sistema de guía). La fe del funcionario dependía de que Jesús hiciera milagros. Jesús le reprochó: “Si no ven signos y prodigios, ustedes no creen”. Pero cuando Jesús le dijo: “Vuelve a tu casa, tu hijo vive”, el hombre “creyó en la palabra que Jesús le había dicho y se puso en camino”. Había confiado, no en lo que vio, sino en la palabra de Jesús. Había aceptado un nuevo sistema de guía.

Para entender y aceptar verdaderamente a Jesús como Salvador, tenemos que volvernos sus *discípulos*. Esto significa que no solamente tenemos que aceptar lo que él nos dice, sino que tenemos que aceptarlo basándonos únicamente en la fe. Tenemos que aceptar de antemano que todo lo que él hace es bueno, aún cuando se trate de dejarnos morir o dejar que otros mueran. Si aceptamos esto con una fe ciega, entonces veremos. Y, sin importar lo que pase, responderemos: “*Te ensalzaré, Señor, porque me has librado*”.

Iniciativa: Sé un discípulo. Haz que la fe sea tu norma para juzgar lo que es verdadero o falso, bueno o malo. Deja que la palabra de Jesús, y no tus suposiciones, sea tu sistema de guía.

Cuarta Semana de Cuaresma Martes

El Salmo Responsorial es una profesión de fe de que todo nuestro bien y protección están en Dios: “El Señor de los ejércitos está con nosotros, nuestro alcázar es el Dios de Jacob” (Salmos 46). También nos da una clave para guiarnos al *discipulado*.

Ezequiel 47:1-12 es, de hecho, y aunque Ezequiel no lo supiera, un vaticinio de los frutos del Bautismo. El agua verdadera que “alegra la Ciudad de Dios” (Salmos 46) es el agua dadora de vida del Bautismo. “Hasta donde llegue el torrente, tendrán vida todos los seres vivientes”. Jesús vino para que “las ovejas tengan Vida, y la tengan en abundancia”, y para comenzar con esto, nos hace partícipes de la vida divina de Dios por medio del Bautismo.

Cuando vivimos de acuerdo a la gracia y a los compromisos del Bautismo, la vida divina en nosotros crece, como el torrente de agua que Ezequiel vio fluyendo del templo. Si tenemos esta vida divina, estamos unidos a Jesucristo en una vida compartida, lo que significa que realmente nada puede dañarnos. Para nosotros, aún la muerte es una bendición. Es nuestra entrada a la fiesta celestial, al “banquete de bodas del Cordero” (Apocalipsis 19:9). Saber esto es ver todo lo que hay en el mundo a través de otros ojos. Es dirigir nuestras vidas siguiendo un sistema de guía distinto.

San Juan 5:1-16 nos da una guía para el discernimiento. En la Iglesia hay muchas corrientes de pensamiento y muchas voces que podemos escuchar. En nuestros días hay una fuerte corriente que está en contra de la dirección marcada por el Concilio Vaticano Segundo. Los excesos de algunos que cuestionaron más de lo que el Concilio pretendió, generó en la Iglesia un movimiento a contracorriente, un “nuevo fariseísmo”, que está presionando por una obediencia automática (o sea, sin meditar) a toda directiva que venga del Vaticano. Estas personas también insisten que debe haber una afirmación, igualmente sin meditar, de toda enseñanza que el Papa o algún departamento del Vaticano proponga como la enseñanza “oficial” de la Iglesia, aún y cuando no sea infalible. ¿Cómo podremos saber si su voz es la del Espíritu Santo?

La historia de hoy nos da una clave. Los adversarios de Jesús ignoraron totalmente el hecho de que él había hecho andar a un hombre lisiado. Se enfocaron sólo en el hecho de que el lisiado había “violado el sábado” por llevar su camilla a su casa y “atacaban a Jesús, porque hacía esas cosas en sábado”.

Cuando la gente se enfoca más en las leyes que en lo que nos da vida, probablemente están desconectados de Jesús y del verdadero espíritu de la Iglesia. Necesitamos ver detrás de sus palabras al espíritu que las inspira.

Iniciativa: Sé un discípulo. Sigue las leyes que dan la vida. Recuerda que la verdadera obediencia es tratar de lograr el objetivo de la ley (que siempre es dar vida).

Cuarta Semana de Cuaresma Miércoles

El Salmo Responsorial es la “tarjeta de identidad” de Dios: “*El Señor es clemente y misericordioso*” (Salmos 145). Es también un punto de referencia que nos indica si una enseñanza o conducta que dicen viene en el nombre de Dios, viene realmente de Dios.

Isaías 49:8-15 describe a Dios como alguien que *libera* a quienes están atados en la obscuridad. En contraste, ¿cuántos se sienten atados e imposibilitados de acercarse libremente a Dios o a los sacramentos a causa de una enseñanza rígida que los desencaminó?

El Dios que Isaías describe es un Dios que nos guía rumbo a pastizales verdes y a “manantiales de agua viva”, rumbo a enseñanzas que son una respuesta a la sed de nuestras almas y que deleitan y alimentan nuestros seres y nuestros corazones. ¿Es éste el espíritu de la gente cuya preocupación militante es identificar y propagar las respuestas incompletas pero “oficiales” que se encuentran en catecismos y sumarios de la doctrina católica?

Estas respuestas “instantáneas” son útiles como puntos de partida para una investigación adicional, o bien, como versiones para “revisar” una verdad que ya habíamos aprendido. Pero, como fruta seca, no pueden substituir la frescura de la palabra de Dios que emerge de las Escrituras, ni las enseñanzas inspiradas de los Concilios de la Iglesia (por ejemplo los dieciséis decretos del Vaticano II, que están disponibles para que los leamos en toda su frescura inspirada e inspiradora). Los que piensan que pueden aprender las enseñanzas de la Iglesia estudiando las “respuestas” que se dan en resúmenes secos, son como estudiantes que piensan que pueden experimentar la literatura inglesa leyendo “Cliff notes” [resúmenes de libros]. Esto no es ser discípulo; es más bien engañarse a sí mismo.

En **San Juan 5:17-30** Jesús basa su caso en contra de los fariseos en el hecho de que él *conoce al Padre*. Él está en contacto directo con la persona de Dios de forma viva, personal y directa. Habla basándose en su consciencia y su experiencia del amor del Padre por él y por el mundo. Y ya que el Padre “le muestra todo lo que hace”, y éste es el Señor que es “clemente y misericordioso”, las palabras y las obras de Jesús también son clementes y misericordiosas. Y son también dadoras de vida. “Así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, del mismo modo el Hijo da vida”. No sólo a quienes siguen los ideales de moralidad de los fariseos, sino “al que él quiere”. Jesús no aleja a quienes lo buscan. No rechaza a quienes viven en condiciones que la ley no aprueba. Él es el Señor de la vida. La “tarjeta de identidad” de los que actúan en su nombre es el acceder a que Jesús lleve la vida a los demás por medio de ellos.

Iniciativa: Sé un discípulo. Lee los documentos del Vaticano II. Trata de absorber el *espíritu* y la visión de la Iglesia. Lee los escritos de los Santos.

Cuarta Semana de Cuaresma Jueves

El Salmo Responsorial es: “*Acuérdate de mí, Señor, por amor a tu pueblo*” (Salmos 106).

El autor de los Salmos da por hecho que Dios lo va a ayudar y que va a ayudar a todo su pueblo; y así lo hace. “Se acordó de su alianza en favor de ellos y se arrepintió por su gran misericordia; hizo que les tuvieran compasión”. En la Respuesta, pedimos a Dios que se acuerde de nosotros, su pueblo, y que sea consistente consigo mismo, basándonos en lo que ya sabemos de él.

En el **Éxodo 32:7-14** vemos que se invierten los papeles entre Dios y Moisés. Dios reacciona a la infidelidad de su pueblo como lo haría un ser humano. Moisés, por otro lado, toma el papel de Dios y le recuerda que debe actuar de acuerdo a su verdadera naturaleza. También le pide a Dios que recuerde sus promesas y lo que es único en él: su “amor eterno” (Salmos 106: 1,7,45).

Este pasaje nos revela a Moisés como un buen discípulo. Cuando Dios lo pone a prueba tomando el papel del adversario, Moisés responde recitando a Dios lo que Dios mismo le había enseñado. Y nosotros debemos de hacer lo mismo. Cuando tenemos preguntas o dudas, o cuando “simplemente suponemos” que Dios ya no nos podría seguir amando, buscamos la respuesta, no en lo que es natural para nosotros, sino en lo que es natural para Dios. Y para saber lo que es natural para Dios regresamos continuamente a las palabras “amor eterno”.

San Juan 5:31-47 nos dice de qué se trata el discipulado, y cuál es su requisito esencial. Ser discípulo es simplemente esforzarse para crecer en el *conocimiento de Dios a través de Jesús*. Jesús dijo: “yo he venido para que las ovejas tengan Vida, y la tengan en abundancia”. Y luego amplió su explicación: “Ésta es la Vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu Enviado, Jesucristo” (San Juan 10:10; 17:3).

El requisito esencial para estas cosas es la *fe*. Jesús dijo a quienes no lo aceptaron: “el Padre... ha dado testimonio de mí. Ustedes nunca han escuchado su voz ni han visto su rostro, y su palabra no permanece en ustedes, porque *no creen al que él envió*”. Para “conocer a Dios” no es suficiente con el conocimiento intelectual. Tenemos que “escuchar su voz” y “verlo”, *experimentarlo*. Su palabra debe asentarse en nuestros *corazones*. Pero esto sólo ocurrirá cuando *nos decidamos a interactuar* con él por medio de una *fe* viva y personal. Cuando oremos y lo tratemos personalmente en los sacramentos. Cuando conscientemente hagamos cosas por él, lo alabemos y le demos gracias. Es a través de todas estas cosas que lograremos *conocerlo*. Así sabremos que esperar.

Iniciativa: Sé un discípulo. Expresa tu fe orando e *interactuando conscientemente* con Jesús siempre que hagas algo relacionado con la religión.

Cuarta Semana de Cuaresma Viernes

El Salmo Responsorial nos dice que cuando las cosas van mal, todo está bien: *“El Señor está cerca de los atribulados”* (Salmos 34). La oposición de los demás puede ser una señal de consuelo de que somos auténticos discípulos de Jesús.

Sabiduría 2:1-22 nos muestra la mentalidad de quienes se disgustan con los estudiantes de la palabra de Dios. Quien trata de vivir de acuerdo a las palabras y el ejemplo del Señor les parece “insoportable” porque “lleva una vida distinta de los demás” y “va por caminos muy diferentes”. Los discípulos de Jesús creen que su vida está dirigida a la realización (que tienen un “destino bendito”) y que mantienen una relación con Dios, su Padre. Todo esto causa celos. Celos que en algunos casos toman la forma de persecución – desde “agotar su paciencia” hasta condenarlos a muerte.

Esta clase de oposición es evidencia de que somos “diferentes” en forma positiva. Pero aún así, nos sentimos desalentados y hasta mal de nosotros mismos cuando experimentamos el abuso y el rechazo. Cuando sufrimos a causa de esto, nuestro consuelo viene de saber que *“El Señor está cerca de los atribulados”*. Esta es la alegría de ser discípulo.

En **San Juan 7:1-30** vemos el crecimiento de la oposición a Jesús que pronto lo llevará a su muerte. La gente dice abiertamente: “¿No es éste aquel a quien querían matar?” Y estaban divididos en su opinión sobre él.

Algunos dudaban de Jesús porque antes les habían enseñado que “cuando venga el Mesías, nadie sabrá de dónde es”, y pensaban que ya sabían de donde era Jesús. Jesús les dice que estaban usando la norma de juicio equivocada. La verdadera pregunta no era de dónde era Jesús, sino si Dios lo había enviado. Quines están en contacto con Dios serán capaces de reconocer a su enviado: “yo no vine por mi propia cuenta; pero el que me envió dice la verdad, y *ustedes no lo conocen*”. Por eso no reconocen a Jesús.

Anteriormente Jesús había dicho: *“El que quiere hacer la voluntad de Dios conocerá si esta enseñanza es de Dios o si yo hablo por mi cuenta”*.

En el discernimiento espiritual, que para los discípulos cuenta más que el conocimiento, el reconocimiento está regido por la disposición para responder. Para identificar de dónde viene un pensamiento, tenemos que estar dispuestos a ir a donde nos guíe. Para entender las enseñanzas de Jesús tenemos que *convertirnos* a sus valores y sus ideales. (ve San Mateo 13:15; San Marcos 8:17: nosotros “entendemos con el corazón”).

Esta conversión nos hará “diferentes” y causará algo de hostilidad, pero conoceremos al Señor – y sabremos que él está cerca de nosotros.

Iniciativa: Sé un discípulo. Haz algo diferente sólo para ver si eres libre.

Cuarta Semana de Cuaresma Sábado

El Salmo Responsorial nos dice donde podemos buscar apoyo y confirmación cuando nos sentimos solos en nuestra fe: “*Señor, Dios mío, a ti me acojo*” (Salmos 7).

En **Jeremías 11:18-20** el profeta se dio cuenta de que sus enemigos están “urdiendo maquinaciones” contra él. Y esto fue una sorpresa desagradable para él.

Siempre es difícil cuando nos damos cuenta de que los demás no sólo están en desacuerdo con nosotros, sino que realmente no les gustamos, y que además nos condenan por nuestras creencias. Somos miembros de comunidades que significan mucho para nosotros: nuestra familia, nuestro círculo de amigos, nuestros compañeros de trabajo, nuestra iglesia. Nuestra confianza puede dañarse cuando estas personas, de quienes esperamos recibir apoyo, se vuelven en contra nuestra.

Esto también puede acercarnos a Dios. Así le pasó a Jeremías. Lo hizo volverse a Dios, reconocerlo como el juez que juzga “con justicia”, como alguien que verdaderamente sondea “las entrañas y los corazones” y cuyo juicio es el único que cuenta. Tiempo después, San Pablo hizo lo mismo cuando dijo a sus adversarios: “En cuanto a mí, poco me importa que me juzguen ustedes o un tribunal humano; ni siquiera yo mismo me juzgo... mi juez es el Señor” (1Corintios 4:3). Éste es el criterio que debemos de tener en mente si vamos a ser discípulos de Jesús abierta y libremente, sin que la opinión pública desvíe y distorsione nuestro pensamiento.

En **San Juan 7:40-53** continúa la controversia sobre Jesús. La gente sigue haciéndose la pregunta equivocada, dándole demasiada importancia a su lugar de origen, que si era Nazaret en Galilea o Belén en Judea. Pero el argumento en contra que más usaban sus enemigos era el hecho de que ninguno de “los jefes o de los fariseos” creían en él. Los fariseos habían hecho del estudio de la ley una de sus funciones. Expresaban sus opiniones enfáticamente, y condenaban rápidamente a quien estuviera en desacuerdo con ellos. Desechaban las opiniones de la gente ordinaria como opiniones sin valor: “esa gente que no conoce la Ley está maldita”. Al escuchar esto, los miembros iletrados de la “multitud” tuvieron miedo de condenarse ellos mismos por mostrar desacuerdo.

En nuestros días, nosotros tenemos la suficiente educación religiosa para verificar si la voz de “los jefes o de los fariseos” es verdaderamente la voz de la Iglesia. Como discípulos, estudiantes de Jesús, necesitamos asegurarnos de juzgar lo que es verdadero de acuerdo a las palabras y al ejemplo de Jesús mismo y no únicamente de acuerdo a lo que se predica desde los púlpitos; y mucho menos de acuerdo a la opinión popular o la propaganda de los grupos de presión.

Iniciativa: Sé un discípulo. Busca en Jesús tu seguridad y la confirmación de tus creencias, reflexionando por medio de la oración en sus palabras y tratando de leer su mente y su corazón.

Quinto Domingo de Cuaresma (Año A) Convirtiéndonos en Seres Divinos

INVENTARIO

La Antífona de Entrada es una oración de confianza: “Señor, hazme justicia... sálvame del hombre injusto y malvado” (Salmos 43). ¿Veo que esto está ocurriendo ahora? Basándome en lo que veo en el mundo, ¿me parece que Jesús está ganando o perdiendo? Los cristianos creemos que Jesús triunfó sobre aquellos que lo crucificaron al resucitar de entre los muertos. En estos tiempos, ¿veo a mi alrededor las evidencias de su resurrección que me alientan a creer en su victoria? Y esto que veo, ¿Me dice algo acerca de ser su discípulo?

ALIMENTACIÓN

En la Oración Colecta pedimos ser como Dios: “Padre, ayúdanos a ser como Cristo, tu Hijo”. Nosotros somos el cuerpo de Cristo resucitado en la tierra. Hoy, en nosotros y a través de nosotros Cristo está ganando la batalla contra el mal. ¿Qué necesito hacer para que Cristo actúe y gane a través de mí?

La Resurrección Somos Nosotros

Ezequiel 37:12-14 no menciona lo que Dios hará a sus enemigos o a los nuestros. Ezequiel sólo habla de lo que Dios hará por nosotros: “Yo voy a abrir las tumbas de ustedes, los haré salir de ellas... Yo pondré mi espíritu en ustedes, y vivirán”. Éste fue el modo en que Jesús triunfó después de su crucifixión: no borró a sus enemigos; simplemente resucitó de entre los muertos.

Sabemos que Jesús se encuentra triunfante en nosotros, no por los acontecimientos del mundo que nos rodea, sino por lo que ocurre en nosotros mismos. “Yo pondré mi espíritu en ustedes, y vivirán...y así sabrán que yo, el Señor, lo he dicho”. Sabemos que Jesús es el Señor cuando experimentamos el “fruto del Espíritu” en nuestras vidas. El fruto del Espíritu es amor, alegría y paz (ve Gálatas 5:22).

El Salmo Responsorial hace que nos enfoquemos en Dios como un Dios dador de vida y no como alguien vengativo: “*porque del Señor viene la misericordia y la abundancia de la redención*” (Salmos 130). Dios muestra su poder en la salvación, en la conversión, en la redención y no en la condena o la destrucción. Esta lección se les dificultó a los primeros discípulos de Jesús, y también a nosotros. Un pueblo samaritano se negaba a dar alojamiento a Jesús para pasar la noche, “Cuando sus discípulos Santiago y Juan vieron esto, le dijeron: ‘Señor, ¿quieres que mandemos caer fuego del cielo para consumirlos?’” Jesús les dijo que estaban equivocados y simplemente se fue a otro pueblo (San Lucas 9:52-57). Jesús no vino a destruir, vino a salvar. Y si queremos manifestarnos como su cuerpo resucitado en la tierra, necesitamos cultivar en nosotros mismos, como discípulos que somos, la misma actitud que Jesús tenía. Cuando suframos injusticias y hostilidades no debemos responder: “¿Cómo puedo desquitarme?”, más bien debemos dar una respuesta dadora de vida: “¿Cómo puedo ayudar a esta persona a sanar?”.

La Vida “en el Espíritu”

Romanos 8:8-11 nos deja en claro que hay una diferencia radical entre el modo de pensar y de vivir que nos parece más natural (el aparente modo de pensar de nuestra sociedad, el modo de

pensar que nos enseñaron o el modo en que nuestra cultura nos condiciona a pensar y reaccionar) y el modo de pensar y de actuar de Jesús. San Pablo se refiere a los que siguen el primer modo de pensar y actuar: “los que viven según la carne”; quienes siguen lo que el contacto con la sociedad humana los ha programado a pensar y hacer. Se refiere a los que siguen el segundo modo de pensar y actuar como “los que viven según el Espíritu”; quienes siguen lo que el Espíritu Santo en sus corazones los impulsa a hacer. San Pablo dice: “los que viven de acuerdo con la carne no pueden agrandar a Dios”. Y aunque hagan muchas cosas buenas, no pueden vivir íntegramente, ni pueden impactar al mundo como Jesús lo necesita para que le ayuden a establecer el reino de Dios en la tierra. “Pero ustedes no están animados por la carne”, les dice San Pablo a los que viven la vida de la gracia y que escuchan a Jesús como sus discípulos que son: “ustedes... están animados... por el Espíritu, dado que el Espíritu de Dios habita en ustedes”.

Éste es el modo en que experimentamos el triunfo de Jesús y la vida de Jesús en nosotros: “Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús habita en ustedes, el que resucitó a Cristo Jesús también dará vida a sus cuerpos mortales, por medio del mismo Espíritu que habita en ustedes”. Esto no se refiere solamente a la vida física: hallaremos que nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor “vivirán” y que podremos hacer el trabajo de Cristo en este mundo como su cuerpo viviente, iluminados y fortalecidos por su Espíritu. Así, nosotros mismos seremos la prueba visible de la resurrección de Jesús, porque estaremos viviendo y manifestándonos como su cuerpo resucitado en la tierra gracias a su Espíritu.

¡Lázaro, ven afuera!

Pero tenemos que escuchar su voz. Y podemos. **San Juan 11:1-45** nos dice que Lázaro tenía ya cuatro días en la tumba; sin embargo, en respuesta a la voz de Jesús “salió”, a pesar de que sus manos y sus pies estaban “atados con vendas”. Si escuchamos la voz de Jesús que nos llama a salir, nosotros también saldremos de las ataduras que nos mantienen en la obscuridad o en la muerte que es la inercia. Experimentaremos el triunfo de Cristo y su “redención en abundancia” por medio de la vida divina que comparte con nosotros y la acción de su Espíritu en nosotros.

Pero para que esto pase tenemos que *escuchar sus palabras*. Tenemos que volvernos sus *discípulos*. Tenemos que reflexionar en sus palabras y dejar que nos llamen a la vida. Sus palabras hacen que nos abramos al Espíritu, y el Espíritu nos da la vida. “porque en él se encuentra la misericordia y la *redención en abundancia*”. Tenemos que creer en esto lo suficiente como para dedicarnos a aprender de él como estudiantes comprometidos de su mente y de su corazón.

VISIÓN

¿Vivo más de acuerdo al “Espíritu” o de acuerdo a la “carne”? ¿Cuándo he experimentado la luz y el poder del Espíritu Santo en mí?

INICIATIVA

Lee las Escrituras todos los días (aunque sea sólo cinco minutos) y acepta el desafío que presentan a las actitudes y las suposiciones con las que creciste.

Quinta Semana de Cuaresma Lunes

El Salmo Responsorial nos asegura que Dios está siempre presente para ayudarnos y protegernos, aún cuando las cosas parecen muy oscuras: “*Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo*” (Salmos 23).

En **Daniel 13:1-62** parecía evidente que nadie podría salvar a Susana. Dos “ancianos” que tenían el alto rango de jueces habían testificado en contra de ella y no había testigos para su defensa. Estaba a punto de ser ejecutada.

Luego Dios “suscitó el santo espíritu de un jovencito llamado Daniel”. Éste gritó: “¡Yo estoy limpio de la sangre de esta mujer!”. Y Dios le dio la astucia para probar que los ancianos estaban mintiendo.

Frecuentemente sentimos que en nuestra sociedad caminamos por un “valle oscuro”. A nuestro alrededor vemos mentiras y decepciones. Desde las falsas prioridades que nos imponen en los comerciales, hasta los encubrimientos, que damos por hecho, en el gobierno y en otros administradores. Ni siquiera podemos confiar en que los conductores de los noticieros nos dicen lo que realmente está pasando en el mundo. ¿Qué oportunidad tiene la verdad para salir a luz cuando aquellos con dinero y poder están decididos a ocultarla?

Nuestra esperanza está el Espíritu Santo, que puede “suscitar” que la persona menos pensada se levante y diga: “¡Yo no quiero tomar parte en esto!”. Lo único que se necesita es que sea un *discípulo*, que cultive la atención a Dios, quien le habla en su corazón.

Daniel fue capaz de salvar a Susana y de hacerlo de acuerdo a la ley judía que imponía la pena de muerte por adulterio. Pero en **San Juan 8:1-11** vemos que Jesús hace a un lado la ley judía, una ley que Dios mismo le había dado (Levítico 20:10). ¿Cómo podemos explicarlo?

La enseñanzas de Dios a su pueblo fueron graduales. Cuando aún estaban inmersos en su insistencia primitiva a la venganza, les permitió la pena de muerte porque aún no entendían o aceptaban la actitud de Dios sobre la vida, la muerte y el perdón. Pero con Jesús la revelación se llevó a su plenitud. “Después de haber hablado antiguamente a nuestros padres por medio de los Profetas, en muchas ocasiones y de diversas maneras, ahora, en este tiempo final, Dios nos habló por medio de su Hijo... Él es el resplandor de su gloria y la impronta de su ser” (Hebreos 1:1-3). Jesús dijo: “Ya no los llamo servidores, porque el servidor ignora lo que hace su señor; yo los llamo amigos, porque les he dado a conocer *todo* lo que oí de mi Padre” (San Juan 15:15). Esto eleva el discipulado a un nuevo plano: a aprender, renovándonos continuamente, cómo vivir al nivel mismo de Dios.

Iniciativa: Sé un discípulo. Abre tu corazón a la verdad divina. Deja que Dios te lleve más allá de los sentimientos, suposiciones y argumentos humanos. Escucha a Dios.

Quinta Semana de Cuaresma Martes

El Salmo Responsorial acepta la realidad de que con frecuencia no “gritamos” a Dios hasta que estamos “angustiados”. Sin embargo sabemos que Dios nos escuchará: “*Señor, escucha mi oración, que mi grito llegue hasta ti*” (Salmos 102).

En **Números 21:4-9** el pueblo empezó a “hablar contra Dios” porque estaba sufriendo. Le preguntaban a Moisés “¿Por qué...?” pero en realidad no buscaban una respuesta, ni la esperaban. Lo único que querían era alivio a su dolor. Pero cuando empezaron a sufrir aún más, entonces si estuvieron listos a escuchar.

Dios los sanó haciéndolos mirar a una serpiente montada en un asta. “cuando alguien era mordido por una serpiente, miraba hacia la serpiente de bronce y quedaba curado”.

La serpiente era un símbolo del pecado, pero no únicamente esto: la serpiente era un símbolo y un adelanto de todos los pecados del mundo, de nuestros pecados, que son incorporados al cuerpo de Cristo que está en nosotros, y “en Cristo” crucificado. La serpiente representaba a Jesús a quien Dios “lo identificó con el pecado... a fin de que nosotros seamos justificados por él” (2Corintios 5:21). “Comprendámoslo: nuestro hombre viejo ha sido crucificado con él, para que fuera destruido este cuerpo de pecado, y así dejáramos de ser esclavos del pecado” (Romanos 6:6).

Sólo podemos entender el sufrimiento que hay en el mundo y aceptar a un Dios que no lo ha eliminado viendo el misterio de la cruz: La afirmación sorprendente de Dios, quien nos dice que sólo podemos salvarnos y salvar al mundo del mal al “soportar el mal con amor”.

Jesús era un “escollo” y un Salvador que su pueblo no podía aceptar precisamente porque eligió soportar el sufrimiento y “responder con amor” en lugar de eliminar el mal con el uso inútil de la fuerza. La raíz de todo rechazo a Jesús está en las palabras “¿sálvate a ti mismo, si eres Hijo de Dios, y *baja de la cruz!*”. “¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros” (San Mateo 27:40; San Lucas 23:39; cp. San Mateo 4:6).

Para nosotros es natural ver las cosas con los ojos de este mundo. Por esto Jesús dice en **San Juan 8:21-30**, “Ustedes son de aquí abajo, yo soy de lo alto”. Tenemos que aceptar absolutamente a Jesús como nuestro Dios (el significado de “Yo Soy” v. 28, 58 y Éxodo 3:13-15), y tenemos que creer aunque no entendamos. Así, el misterio de la cruz, una forma de salvar al mundo más allá de todo lo que podemos “pedir o pensar” (Efesios 3:20), se vuelve, no un problema, sino una prueba de que Jesús es Dios: “Cuando ustedes hayan levantado en alto al Hijo del hombre, entonces sabrán que Yo Soy”. Cuando hayamos aceptado el misterio de que la única manera de salvarnos a nosotros mismos y de salvar al mundo es “soportar el mal con amor”, seremos discípulos estudiantes de postgrado.

Iniciativa: Sé un discípulo. Cree absolutamente en todo lo que dice Jesús. Luego trata de entenderlo. Ser discípulos es tener “fe buscando el entendimiento”.

Quinta Semana de Cuaresma Miércoles

El Salmo Responsorial nos enseña a ver más allá del presente y creer en lo que Dios puede hacer y hará. Así entonamos: “*A ti gloria y alabanza por los siglos*” (Daniel 3:52-56).

Daniel 3:14-95 es un ejemplo de fe incondicional y de lealtad a Dios. Bajo amenaza de muerte, Sadrac, Mesac y Abed respondieron al rey: “No tenemos necesidad de darte una respuesta acerca de este asunto. Nuestro Dios, a quien servimos, puede salvarnos del horno de fuego ardiente y nos librará de tus manos. Y aunque no lo haga, ten por sabido, rey, que nosotros no serviremos a tus dioses ni adoraremos la estatua de oro que tú has erigido”. Ellos creían sin necesidad de entender y estaban comprometidos incondicionalmente a aceptar y seguir la voluntad de Dios. Por haber creído, aún sin ver, pudieron ver. Y lo que vieron los hizo cantar: “*a ti gloria y alabanza por los siglos*”.

En **San Juan 8:31-42** Jesús nos enseña que el compromiso también puede traer la felicidad. Enlazarnos a Jesús nos libera de la esclavitud del pecado y del error. Y otorgarle una fe incondicional es el único modo en que podemos ver claramente: “Si ustedes permanecen fieles a mi palabra, serán verdaderamente mis discípulos: conocerán la verdad y la verdad los hará libres”.

Algunas veces tenemos la ilusión de que ser “libres” es tener la opción de cambiar nuestras creencias cuando nos dé la gana. Pensamos que estar atados a cualquier “credo” o profesión de fe es una restricción a nuestros intelectos; que la libertad intelectual nos permite buscar entre los gurús del momento o los históricos o entre las escuelas de sabiduría, sin comprometernos con alguno en particular, sino construyendo nuestra propia espiritualidad, nuestro propio *Weltanschauung* o filosofía de la vida, de lo que se nos antoje de cualquiera de ellas. Rebajamos las enseñanzas de Jesús a contribuciones, pero no a factores determinantes, de lo que creemos.

El error aquí está en suponer que no estamos ya atrapados por nuestra cultura, o que podemos liberarnos de las actitudes y suposiciones programadas en nosotros por la sociedad, basados únicamente en una proclamación unilateral de emancipación (como si *decir* fuera lo mismo que *ser*). La verdad es que todos nosotros vivimos en la “obscuridad” de la luz programada: la luz del mundo en que nacimos, que matiza nuestra percepción de todo lo que vemos. Sólo Jesús, la luz de este mundo que no es de este mundo, pero que sí vino al mundo (San Juan 1:1-14), nos puede librar de esta obscuridad. Pero él sólo nos puede liberar si nos comprometemos a tener fe en él. Su verdad es divina. O la aceptamos como tal o no la aceptamos.

Iniciativa: Sé un discípulo. Comprométete incondicionalmente a aceptar a Cristo como tu maestro.

Quinta Semana de Cuaresma Jueves

El Salmo Responsorial nos ofrece un motivo para perseverar en nuestro camino al discipulado: “*El Señor se acuerda de su alianza eternamente*” (Salmos 105). Ser discípulos es formar una alianza entre el maestro y el estudiante. Estamos seguros que Dios cumplirá con su parte del trato.

En **Génesis 17:3-9** Dios formó su antigua alianza (el “antiguo testamento”) con Abraham y sus descendientes: “Ésta será mi alianza contigo...” Dios le prometió beneficios humanos: “tú serás el padre de una multitud de naciones... Yo te daré en posesión perpetua, a ti y a tus descendientes, toda la tierra de Canaán, esa tierra donde ahora resides...”.

A cambio, le pidió fe en Dios y tener buena conducta como seres humanos: “Tú, por tu parte, serás fiel a mi alianza; tú, y también tus descendientes, a lo largo de las generaciones”. Esto consistía básicamente en cumplir la Ley, centrada en los Diez Mandamientos, que son instrucciones para vivir una buena vida como seres humanos en la tierra.

Obviamente, para recibir lo que Dios prometió, el Pueblo tenía que estudiar y aprender la Ley para poder vivir de acuerdo a ella. La fidelidad a la alianza implicaba de antemano que había que ser *discípulos*, apoyados en la garantía de que “*El Señor se acuerda de su alianza eternamente*”.

En **San Juan 8:51-59** Jesús habla en el contexto de una nueva y “mejor Alianza... fundada en promesas mejores” (Hebreos 8:6). Éste era el “nuevo testamento” que llevó al antiguo a la perfección (ve Jeremías 31:31; San Lucas 22:20). Lo que Jesús promete en esta alianza va más allá de todo lo que mejora la vida humana en este mundo. Jesús dice: “Les aseguro que el que es fiel a mi palabra, *no morirá jamás*”. Lo que Jesús promete va más allá de lo que todo poder humano puede dar o siquiera entender. Es el don de ser partícipes de la vida divina y eterna de Dios.

Aquellos a quienes Jesús hablaba entendieron el mensaje: ningún ser humano podía prometer esto “¿Acaso eres más grande que nuestro padre Abraham, el cual murió? Los profetas también murieron. ¿Quién pretendes ser tú?”

Jesús les dijo que él era en realidad quien su promesa implicaba: “Les aseguro que desde antes que naciera Abraham, Yo Soy”. Jesús es Dios encarnado. Si vamos a ser los discípulos de este hombre, debemos de estar motivados por algo más que la promesa de una vida larga y placentera en este mundo. Para nosotros Dios promete la vida eterna y nos promete ser partícipes de la vida misma de Dios. Pero también nos pide más: nos pide conducta divina. Nos pide que vivamos al nivel de Dios. Éste es el objetivo y la guía para nuestra vida de discípulos. Perseguimos este objetivo con una confianza basada en su promesa: “*El Señor se acuerda de su alianza eternamente*”.

Iniciativa: Sé un discípulo. Estudia para ser divino. No limites tu enfoque a la conducta humana o a las recompensas humanas. Permanece abierto a la mente y el corazón de Dios.

Quinta Semana de Cuaresma Viernes

El Salmo Responsorial nos hace recordar un principio fundamental de la vida espiritual, una verdad que necesitamos conocer: algunas veces logramos un conocimiento más profundo y verdadero de Dios cuando él parece estar más alejado, “*En el peligro invoqué al Señor, y me escuchó*” (Salmos 18).

Jeremías 20:10-13 nos muestra a Jeremías rodeado por sus enemigos: “¡Terror por todas partes! ¡Denúncienlo! ¡Sí, lo denunciaremos!”. Incluso sus amigos se habían vuelto contra él: “Hasta mis amigos más íntimos acechaban mi caída”.

Esto hizo que Jeremías se enfocara en la verdadera fuente de seguridad, y en el “amor eterno” de Dios, que nunca falla: “Pero el Señor está conmigo como un guerrero temible”. Cuando la ayuda de Dios es menos aparente y no hay evidencia humana que indique que nos está cuidando, es cuando tenemos que ir a lo más profundo de nuestros corazones y preguntarnos si creemos: “Señor... que examinas al justo, que ves las entrañas y el corazón...”. Y ahí es donde percibiremos que nuestra fe y nuestra confianza no dependen de señales humanas de que Dios está con nosotros. Simplemente, nos damos cuenta de algo que ya sabemos; que Dios es digno de confianza. En este momento vivimos nuestra fe como un don divino.

En **San Juan 10:31-42** Jesús nos da tres razones para creer en él, y la tercera es la más básica. La primera es su forma de actuar, incluyendo sus milagros: “crean en las obras, aunque no me crean a mí...”. La segunda es el *testimonio* de aquellos cuyas vidas los hacen testigos fidedignos de la verdad: “la gente decía: ‘Juan no ha dado ninguna señal, pero todo lo que dijo de este hombre era verdad’”. Y la tercera, la razón más importante es simplemente Jesús mismo, lo que él es. Las otras dos son simplemente respaldos para ésta: “aunque no me crean a mí...” (y ve San Juan 4:48). La razón fundamental es simplemente que por medio del don divino de la fe, que recibimos si estamos abiertos a ella, lo sabemos. Ésta es la prueba que revela la orientación más profunda de nuestros corazones. Si realmente amamos a Dios, reconoceremos la verdad y la bondad en Jesús: crearemos y *sabremos*. Si no reconocemos su verdad, ésta será señal de que nuestros corazones no están buscando sinceramente la verdad y no están dedicados al amor (San Juan 3:18; 5:38, 44, 46; 10:26; 12:35-50; Gálatas 2:16; 1San Juan 5:10)³.

Algunas veces no nos ponemos en contacto con el nivel más profundo de nuestra fe hasta que todos los demás niveles nos fallan. Luego, en la “noche oscura” que es la ausencia de motivación humana, nos damos cuenta de que nuestra motivación es divina. *En el peligro invoqué al Señor, y me escuchó*.

Iniciativa: Sé un discípulo. Ponte con contacto con la verdadera razón por la que crees.

³ Esto no nos habilita para juzgar a los demás. Muchos se rinden a Dios por la fe, pero tienen un bloqueo mental o emocional contra lo que ellos perciben como cristianismo. Ellos creen en Jesús sin saberlo.

Quinta Semana de Cuaresma Sábado

El Verso del Salmo Responsorial es: “*El Señor nos guardará como un pastor a su rebaño*” (de Jeremías 31:10-13).

Ezequiel 37:21-28 nos presenta la promesa solemne de Dios de restaurar la unidad de su Pueblo: “Los salvaré de sus pecados de apostasía... ellos serán mi Pueblo”. Para que haya unidad en la doctrina se necesita unidad en la autoridad. Alguien, ya sea una persona o un grupo, debe tener autoridad para separar las enseñanzas verdaderas de las falsas. “Mi servidor David reinará sobre ellos y todos ellos tendrán un solo pastor”. En su Iglesia, es Jesús, el “Hijo de David” prometido, quien por siempre tiene este papel.

Para que su guía a la comunidad sea práctica y real, Jesús debe proporcionarla a través de un mandatario con autoridad o de un cuerpo con autoridad de mando en este mundo. De no ser así, la gente discutiría sin fin el significado de las palabras de Jesús y frecuentemente los argumentos se resolverían con divisiones, formando diferentes campos o iglesias. La promesa “Haré de ellos una sola nación” requiere de otra promesa adicional: “tendrán un solo pastor”.

Ser un verdadero *discípulo* en la Iglesia es algo que no se puede separar de estar en *unidad con la Iglesia*. Esta unidad es el signo de la presencia de Dios: “Mi morada estará junto a ellos... *las naciones sabrán* que yo soy el Señor, el que santifico a Israel”. Jesús oró por su Iglesia: “Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti... *para que el mundo crea* que tú me enviaste” (San Juan 17:21).

San Juan 11:45-57 nos muestra el camino de Jesús para alcanzar esta unidad: “Jesús iba a morir por la nación... para congregar *en la unidad* a los hijos de Dios que estaban dispersos”. Lo que nos une no es sólo la obediencia humana a la autoridad humana, aunque haya sido establecida por Dios, sino el misterio de la *presencia y las obras* de Jesús resucitado que habita en la Iglesia.

El misterio de la muerte de Cristo en la cruz es que *cuando Jesús murió, nosotros morimos en él*. El misterio del Bautismo es que “todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús, nos hemos sumergido en su muerte”. Fuimos incorporados en su cuerpo crucificado, morimos en él y resucitamos en él para vivir como su cuerpo resucitado en la tierra (Romanos 6:3-4, 6:8; 1Corintios 15:18; 2Corintios 5:14; Efesios 2:6; Colosenses 2:12, 20, 3:1-3; 2 Timoteo 2:11). Nuestra unidad es la unidad de un cuerpo viviente, que se mantiene por la presencia real de Jesús quien actúa, enseña y gobierna a través de los miembros verdaderos de su cuerpo, la Iglesia. Jesús es el pastor entre los pastores. Como discípulos de Jesús, somos discípulos de la Iglesia. Como discípulos de la Iglesia, somos discípulos de Jesús. Así, “*El Señor [mismo] nos guardará como un pastor a su rebaño*”.

Iniciativa: Sé un discípulo. Lee los documentos del Vaticano II.

Sexto Domingo de Cuaresma (Año A)

La conversión a Ser un Discípulo Incondicional

INVENTARIO

¿Hay ocasiones en que me canso de rezar? ¿De leer las Escrituras o de reflexionar en la palabra de Dios? ¿Siento a veces que es algo inútil, que nunca da resultado? ¿Hay ocasiones que siento que no le importo a Dios?

ALIMENTACIÓN

El Salmo Responsorial es el primer verso del Salmo 22, el verso que Jesús cita en la cruz: “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*” Puede ser que Jesús haya recitado el Salmo completo, pero si no, el primer verso era suficiente para traer a la mente de los judíos que lo escuchaban el Salmo completo. Y este Salmo es un canto de confianza y de triunfo: “En ti confiaron nuestros padres... y tú los libraste; clamaron a ti y fueron salvados, confiaron en ti y no quedaron defraudados... Todos los confines de la tierra se acordarán y volverán al Señor... Porque sólo el Señor es rey y él gobierna a las naciones”. Este Salmo fija el tema de todas las lecturas.

En la Oración Colecta nos enfocamos en Jesús como “modelo de humildad” porque se sujetó a sí mismo a debilidades humanas como las nuestras. Pedimos a Dios que nos ayude a darle testimonio, confiando en su poder, cuando nuestras debilidades nos oprimen.

Cada Mañana

Isaías 50:47 es una declaración de perseverancia basada en la confianza. Isaías reconoce que está llamado a ser un discípulo, porque está llamado a enseñar: “El mismo Señor me ha dado una lengua de discípulo, para que yo sepa reconfortar al fatigado con una palabra de aliento”.

Todos nosotros estamos llamados a enseñar. Jesús dijo a sus discípulos: “Ustedes son la luz del mundo... no se enciende una lámpara para meterla debajo de un cajón, sino que se la pone sobre el candelero para que ilumine a todos los que están en la casa. Así debe brillar ante los ojos de los hombres la luz que hay en ustedes, a fin de que ellos vean sus buenas obras y glorifiquen al Padre que está en el cielo” (San Mateo 5:14-16).

Para lograrlo debemos de comprometernos a perseverar en nuestro discipulado, a encargarnos constantemente del mensaje de Jesús; a leer y reflexionar continuamente en las Escrituras y, con una mente abierta, a expandir nuestro entendimiento de las enseñanzas de Cristo. Isaías da testimonio de la fidelidad a su propio discipulado: “Cada mañana, él despierta mi oído para que yo escuche como un discípulo”.

Lo que Jesús Sintió

Filipenses 2:6-11 nos dice que Jesús experimentó las mismas dificultades que nosotros experimentamos. Podríamos pensar que a Jesús, por ser Dios, orar era algo que le resultaba fácil; que él nunca se sintió tentado a dudar o a desesperar; que jamás se resistió en lo más mínimo a la voluntad del Padre.

Pero esto no es verdad. En su agonía en el Jardín de los Olivos (San Mateo 26:37-46) Jesús dijo: “Mi alma siente una tristeza de muerte”, tanto así, que al nivel emocional estaba dispuesto a no sufrir la pasión: “Padre mío, si es posible, que pase lejos de mí este cáliz”. Sus sentimientos se oponían intensamente a lo que Dios le pedía. Pero los sentimientos no son un reflejo de la fe de una persona, o de su esperanza o su amor. Ni en el caso de Jesús, ni en el nuestro. En el Jardín de los Olivos Jesús no *sintió* deseos de morir por nosotros. Pero en nivel que verdaderamente cuenta, el nivel de la *voluntad y de la libre decisión*, su postura estaba firme: “no se haga mi voluntad, sino la tuya”.

Cuando Jesús se convirtió en un ser humano, era realmente un ser humano, sin privilegios. “Él, que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo”, habiendo nacido tan humano como nosotros, con todas las debilidades propias con excepción del pecado. “Pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado” (Hebreos 4:15).

Este mismo Jesús, al tomar nuestros cuerpos para formar parte del suyo, también tomó nuestras debilidades (y nos dio su fortaleza). Ésta es la fuente básica de nuestra confianza.

El Triunfo por Medio de la Derrota

A la Misa de Hoy se le llama tanto “Domingo de Ramos” como “Domingo de la Pasión del Señor” porque da inicio con una procesión en la que llevamos los ramos de palma. Durante la Misa, leemos dos Evangelios: La Pasión (**San Mateo 26:4 al 27:66**) y el otro para la procesión (**San Mateo 21:1-11**) donde revivimos la entrada de Jesús a Jerusalén en que la multitud que lo acompañaba extendió sus mantos sobre el camino, cortaba ramas de los árboles y lo cubrían con ellas, gritando: “¡Hosana al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!”.

Esta escena nos da una señal para entender tanto la pasión de Cristo como todo su trabajo en la Iglesia desde aquel entonces: La estrategia de Dios es que Jesús “gana perdiendo”. Entra triunfante en Jerusalén para morir. Su derrota y muerte en la cruz fueron su victoria sobre el pecado y la muerte. Y en el mundo de hoy, cuando la Iglesia parece ser más débil y estar derrotada, es cuando Dios puede hacer su mejor trabajo en nosotros. Una Iglesia pobre y humillada es una Iglesia saludable.

Es precisamente cuando en nuestras vidas sentimos menos fe, esperanza y amor que podemos actuar con más pureza, basándonos solamente en la fe, la esperanza y el amor. Cuando nuestros sentimientos no nos otorgan apoyo alguno y aún así seguimos tratando de cumplir nuestro compromiso, es cuando sabemos que estamos perseverando solamente por la gracia de Dios. Ésta es la experiencia más manifiesta de la gracia y es la verificación definitiva de la conversión. Es el criterio que define a un discípulo dedicado. Cuando nuestros sentimientos gritan: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”, pero nosotros no lo hemos abandonado a él, es cuando sabemos con mayor certeza que él está cerca.

Jesús dijo: “El discípulo no es más que el maestro” (San Mateo 10:24). Si nos presentamos como discípulos, Jesús se presenta como Maestro, ya sea que sintamos o no su presencia.

VISIÓN

En mi vida ordinaria, ¿cuándo he ido en contra de mis sentimientos para perseverar en algo que he decidido hacer? ¿Obtuve buenos resultados? ¿Podría hacer lo mismo con la oración?

INICIATIVA

Decide qué es lo que vas a hacer para ser un discípulo (cuanto tiempo comprometerás para leer, reflexionar y vivir otras experiencias de aprendizaje) y decídetete a perseverar.

El Salmo Responsorial asocia la salvación con el conocimiento de la verdad: “*El Señor es mi luz y mi salvación*” (Salmos 27). Para alcanzar la plenitud de la vida divina que Jesús nos da, necesitamos alcanzar la plenitud de su luz. Necesitamos ser sus discípulos.

En **Isaías 42:1-7** Dios proclama la sabiduría del Mesías “Yo he puesto mi espíritu sobre él”. Con mansedumbre y paciencia logrará “implantar el derecho en la tierra, y las costas lejanas esperarán su Ley”. Nos dará la vida a través de la luz: “te destiné a ser... la luz de las naciones, para abrir los ojos de los ciegos, para hacer salir... a los que habitan en las tinieblas”.

A causa del engaño, la humanidad cayó por vez primera en el pecado: “El Señor Dios dijo a la mujer: ‘¿Cómo hiciste semejante cosa?’. La mujer respondió: ‘La serpiente me sedujo y comí’” (Génesis 3:13). Jesús mismo dijo que el demonio “no tiene nada que ver con la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando miente, habla conforme a lo que es, porque es mentiroso y padre de la mentira” (San Juan 8:44).

Jesús vino a enseñarnos “con toda fidelidad el camino de Dios” (San Mateo 22:16). Aunque dijo “pero a mí no me creen, porque les digo la verdad”. Este fue el motivo de su muerte (San Juan 8:40, 45).

El sello de los discípulos de Jesús es que verdaderamente desean conocer la verdad. Jesús dijo a Pilato: “El que es de la verdad, escucha mi voz” (San Juan 18:37). Jesús oró por sus discípulos: “porque les comuniqué las palabras que tú me diste: ellos han reconocido verdaderamente que yo salí de ti, y han creído que tú me enviaste”. Lo que pidió para ellos fue que se dedicaran a la verdad y que ésta los consagrara: “Conságralos en la verdad” (San Juan 17:8, 17).

San Juan 12:1-11 nos muestra que quienes no quieren aceptar la verdad la negarán a pesar de toda evidencia. Y que harán todo lo posible para evitar que otros la acepten. Los “sumos sacerdotes” y la estructura de poder en Israel se rehusaban a creer, aún después que Jesús resucitó a Lázaro de entre los muertos; y “resolvieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos se apartaban de ellos y creían en Jesús, a causa de él”.

El discipulado puede llevarnos a la muerte; en parte por las pequeñas muertes que son los sacrificios que tendremos que hacer, pero es el único camino a la vida. Jesús dijo: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (San Juan 14:6). ¿Creemos en su verdad lo suficiente como para seguir su camino a través de muchas muertes pequeñas rumbo la plenitud de la vida? Esto es ser discípulos.

Iniciativa: Sé un discípulo. Comprométete a la verdad sin importar las consecuencias. Cree que la verdad de Jesús es el único camino que lleva a la vida.

El Salmo Responsorial nos invita a proclamar y celebrar el triunfo de la verdad salvadora de Dios, aún cuando el mundo parece estar sordo a ella: *“Mi boca contará tu salvación, Señor”* (Salmos 71).

Isaías 49:1-6 nos presenta acto de confianza frente a un fracaso aparente: “En vano me fatigué, para nada, inútilmente, he gastado mi fuerza. Sin embargo, mi derecho está junto al Señor y mi retribución, junto a mi Dios”.

Cuando nos queda claro que no es suficiente con nuestra fuerza humana, es cuando somos capaces de entender que Dios es nuestra fortaleza.

Las palabras de Isaías se aplican proféticamente a Jesús, quien estaba cerca de ganar una victoria total por medio de una derrota total aparente. Jesús había entrado triunfante a Jerusalén, aclamado como sucesor del Rey David con exclamaciones y con ramas de palma. Pero había entrado a morir. Sin embargo, su muerte y resurrección extendieron su misión más allá del pueblo elegido de Israel hasta incluir a todo el mundo: “Es demasiado poco que seas mi Servidor para restaurar a las tribus de Jacob y hacer volver a los sobrevivientes de Israel; yo te destino a ser la luz de las naciones, para que llegue mi salvación hasta los confines de la tierra”.

San Juan 13:21-38 nos muestra cuando Jesús experimentó el mismo sentimiento de fracaso descrito por Isaías. “Jesús se estremeció y manifestó claramente: ‘Les aseguro que uno de ustedes me entregará’”.

Y no sólo se trataba de Judas. A Pedro, amigo de su confianza a quien había encargado mantener la fidelidad de los demás discípulos (San Lucas 22:31-32), le dijo: “Te aseguro que no cantará el gallo antes que me hayas negado tres veces”.

Sin embargo, Jesús fue capaz de creer que Dios triunfaría, no sólo a pesar de estos fracasos, sino aún a través de ellos mismos. Cuando Judas fue a traicionarlo, Jesús dijo: “Ahora el Hijo del hombre ha sido glorificado y Dios ha sido glorificado en él... también lo glorificará en sí mismo, y lo hará muy pronto”. Jesús se encaminaba a su muerte, resurrección y gloria. Su trabajo en la tierra estaba a punto de cumplirse. *“Mi boca contará tu salvación, Señor”*.

Algunas veces cuando reflexionamos en los ideales que Jesús nos propone, ideales (formas de pensar y actuar que renovarán al mundo) que nos inspiran temor, nos preguntamos si servirán de algo: ¿aceptará la gente de este mundo su verdad y comenzará a seguir su camino? Como respuesta Dios nos dice que contemplemos la gloria de Jesús resucitado y confiemos; sólo que perseveremos en nuestro camino al discipulado y que confiemos. No habremos encontrado la ruta perfecta al discipulado hasta que tomemos un compromiso incondicional a aprender y reflexionar en la palabra de Dios sin considerar los resultados o las recompensas. “Lo que cayó en tierra fértil son los que escuchan la Palabra con un corazón bien dispuesto, la retienen, y dan fruto gracias a su constancia” (San Lucas 8:15).

Iniciativa: Sé un discípulo. Comprométete a ser discípulo toda tu vida basándote solamente en una fe pura a Dios.

Semana Santa

Miércoles

El Salmo Responsorial es el ruego de un discípulo quien es también un maestro, pero cuyo mensaje enfrenta una terca resistencia y hasta es causa de hostilidad. Su respuesta es: “*Señor, que me escuche tu gran bondad el día de tu favor*” (Salmos 69). No prevaleceremos con argumentos humanos contra aquellos que rechazan las enseñanzas de Dios. Es Dios quien debe responder, y lo hace.

Isaías 50:4-9 nos dice, en primer lugar, que para comunicar el mensaje de Dios a los demás tenemos que ser *discípulos perseverantes*: “Cada mañana, él despierta mi oído...”. Dios no nos usa como tuberías sino como *fuentes*: tenemos que llenarnos para derramarnos y alimentar a los demás. “De la *abundancia del corazón* habla la boca” (san Lucas 6:45).

En segundo lugar, que es Dios mismo quien nos faculta; el estudio y el talento humanos no son suficientes: “El mismo Señor me ha dado una lengua de discípulo...”. El elemento esencial en todo ministerio es tener una *unión con Dios* que permita que Dios hable y actúe en nosotros y a través de nosotros.

En tercer lugar, que aún cuando Dios esté hablando en nosotros y a través de nosotros, algunas personas rechazarán las enseñanzas de Dios y nos darán la espalda. El profeta dice que él (y proféticamente Jesús) soportó golpes, ultrajes y escupidas.

Pero eventualmente Dios revindica al profeta: “Pero el Señor viene en mi ayuda: por eso, no quedé confundido; por eso, endurecí mi rostro como el pedernal, y sé muy bien que no seré defraudado”. A veces la gente desprecia y se mofa de las verdades de nuestra fe, tanto que nos hace sentir como si fuéramos unos tontos. Es entonces cuando debemos de repetir: “el Señor viene en mi ayuda: ¿quién me va a condenar?”.

San Mateo 26:14-25 nos enseña que nuestra fe debe ser lo suficientemente fuerte como para sobrevivir el rechazo y la traición, aún viniendo de aquellos que aceptamos como personas que están más cerca de Jesús. El primero en traicionar a Jesús fue uno de los Doce elegidos, uno que había sido escogido para ser apóstol, para tener el puesto que hoy tienen, en nombre de los Doce, los obispos.

Cuando Jesús dijo: “Les aseguro que uno de ustedes me entregará”, queriendo decir Judas, los demás apóstoles estaban “profundamente apenados”. Fue para ellos un motivo de consternación, tal y como lo es para nosotros cuando alguien en quien confiamos, y en quien la Iglesia ha puesto su confianza, nos traiciona a todos al traicionar a Jesús. Pero no es nada nuevo, nada que deba alterar nuestra fe. Nuestra fe está puesta en Dios, no en la gente. Jesús dijo de Judas: “más le valdría no haber nacido”, pero esa no es razón para que dejemos el don de nuestro propio renacimiento en el Bautismo y nos alejemos de la Iglesia. Jesús no prometió prevenir el pecado, sino más bien vencerlo – a través de la libertad basada en el amor. La respuesta a la desilusión está en el misterio de su amor: “*Señor, que me escuche tu gran bondad el día de tu favor*”.

Iniciativa: Sé un discípulo. Concéntrate en la verdad de Dios, no en los pecados de la gente.

El Salmo Responsorial (Salmos 116 y 1 Corintios 10:16) nos guía a responder a Dios al celebrar: “*El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo*”. Un elemento básico del discipulado es la participación completa, activa y consciente en las celebraciones litúrgicas que nos muestran la realidad y el significado de los eventos que conmemoran. *Celebrar* las verdades les agrega una dimensión física, comunal y afectiva sin la cual podrían parecerse algo abstracto.

Éxodo 12:1-14 prescribe una celebración para conmemorar la noche en que Dios liberó a su pueblo de Egipto. Deberían de sacrificar un cordero y marcar las casas con su sangre como señal para que el ángel de Dios pasara de largo por sus casas mientras exterminaba todos los primogénitos de Egipto. Esto dio comienzo a la celebración anual de la Pascua, cuando toda familia judía comía el “cordero pascual” para marcar profundamente en sus corazones el hecho y las implicaciones que tenía la obra salvadora de Dios en su historia. Los cristianos continuamos esta costumbre en la celebración del “Triduo Pascual” el Jueves, Viernes y Sábado de la Semana Santa. La crucifixión y resurrección en tiempo de Pascua manifestó a Jesús como el verdadero “Cordero de Dios” cuya sangre salva a toda la humanidad. Nosotros lo celebramos para absorber este misterio.

1 Corintios 11:23-26 nos presenta el misterio de la Misa. La Eucaristía hace que esté presente no sólo el cuerpo estático de Jesús en el altar, sino el evento mismo, la acción del sacrificio de Cristo al morir en el Calvario y resucitar de la tumba. En la Eucaristía Jesús se hace presente al ofrecerse a sí mismo por nosotros en la cruz. Este sacrificio nunca se repite, pero *se hace presente* cada vez que celebramos una Misa. Todos los asistentes a la celebración de una Misa están tan verdaderamente presentes en el sacrificio de Jesús como si estuvieran presentes físicamente bajo la cruz del Calvario. La Eucaristía permite que nos *unamos* a la ofrenda de Cristo en la cruz y que, *con él, formemos parte de esta ofrenda*. La Eucaristía no es algo que vemos; es algo que hacemos: “Hagan *esto* en conmemoración mía”. Al hacerlo absorbemos el misterio.

San Juan 13:1-5 nos presenta a Jesús cuando enseña por medio de un ritual la lección que aprendemos del Calvario: “Les he dado el ejemplo, para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes”. Con él debemos de “ofrecer nuestros cuerpos como un sacrificio vivo” y “nuestra carne por la vida del mundo”. En la vida diaria esto ocurre cuando llevamos a cabo el ministerio a los demás, cuando nos convertimos en sus siervos, cuando usamos nuestros cuerpos para comunicar nuestro amor y el de Dios que están mezclados indistintamente en las acciones que tomamos por medio de la gracia. Esto hace visible nuestra “*comunión con la sangre de Cristo*”.

Iniciativa: Sé un discípulo. Celebra las liturgias plena, activa y conscientemente, buscando absorber los misterio que se celebran.

El Salmo Responsorial nos encauza a confiar a Dios la totalidad de nuestras vidas: “*Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu*” (Salmos 31).

Isaías 52:13 al 53:12 es un canto de victoria que manifiesta la estrategia de Dios. Para salvarnos Jesús no usa la fuerza divina en contra de sus enemigos, sino que se entrega en sus manos con una debilidad aparente - una debilidad que es más fuerte que cualquier otra fuerza: la debilidad invencible del “amor eterno”.

En el Primer Domingo de Cuaresma vimos que hay una sola causa definitiva de todo el dolor y el sufrimiento en el mundo: el pecado. El pecado es tomar la decisión de no confiar en Dios ni seguir sus instrucciones, sino de hacer lo que creemos que nos va a hacer felices. Por el contrario, Jesús redimió al mundo a través de un acto supremo de fe abandonándose a Dios con una confianza absoluta, a pesar de que parecía que se abandonaba a su destrucción total. “Nosotros lo considerábamos golpeado, herido por Dios y humillado”. Pero su obediencia basada en la confianza salvó al mundo: “Porque expuso su vida a la muerte... siendo así que llevaba el pecado de muchos e intercedía en favor de los culpables”. Sus últimas palabras son la respuesta que hará que nuestra fe, esperanza y amor alcancen la perfección al ser llamados a rendirnos total e irrevocablemente a Dios a la hora de la muerte: “*Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu*”.

Hebreos 4:14 al 5:9 se enfoca en la obediencia como el elemento clave que logró nuestra redención: Jesús “con lo que padeció experimentó la obediencia” (una obediencia total y perfecta). Al llegar a la perfección de su obediencia por medio de la rendición total de su ser en la cruz, “se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen”. La desobediencia de nuestros primeros padres trajo la muerte al mundo. La obediencia de Jesús restauró la vida. Estos ejemplos nos llaman a *obedecerlo*, y a alcanzar la obediencia perfecta (amor perfecto) siendo sus discípulos.

San Juan 18:1 al 19:42 nos muestra como Jesús obedeció la voluntad del Padre desde su primer paso por el camino a la cruz: “Jesús, sabiendo todo lo que le iba a suceder, se adelantó...” Y cuando murió, pudo decir: “Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste... Todo se ha cumplido” (Ve San Juan 17:4). Por medio de su obediencia nos salvó a todos – y lo hizo en el momento justo en que sus enemigos, quienes hablaban en nombre de todos lo que lo rechazarían, rechazaron toda obediencia al Padre y se esclavizaron al poder de este mundo: “No tenemos otro rey que el César”. Hay una opción entre la desobediencia, el pecado y la muerte, o la obediencia, la gracia y la vida. *El discipulado* es la decisión de crecer para llegar a la plenitud del amor basado en la obediencia, “la plenitud de la vida”. “*Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu*”.

Iniciativa: Sé un discípulo. Busca la obediencia perfecta estudiando todo el corazón, la mente y la voluntad de Dios.

Semana Santa

Sábado de Gloria

Los temas de la Vigilia Pascual son *la luz, la palabra, el agua y el compromiso a la vida de la resurrección*. El Salmo Responsorial que resume las lecturas es simplemente: “*Aleluya, Aleluya, Aleluya*” (Salmos 118).

El Servicio de la Luz se inicia en la oscuridad. Encendemos y bendecimos el *fuego nuevo*, símbolo de la nueva luz de Cristo que disipa la oscuridad de la eternidad. Inscribimos en el cirio Pascual la primera y la última letra del alfabeto griego, *Alfa* y *Omega*, para decir que Cristo es “el principio y el fin”, y los números correspondientes al año en curso para decir: “Suyo es el tiempo. Y la eternidad”. Luego encendemos el cirio Pascual con el fuego nuevo, y las velas de todos los presentes con el fuego del cirio Pascual, símbolo de Cristo. En seguida cantamos el *Exsultet* (el Pregón Pascual), celebrando la victoria de Cristo sobre toda la oscuridad y las divisiones. Como discípulos que somos, recibimos la luz de Cristo para brillar como “la luz del mundo” (San Mateo 5:14).

La Liturgia de la Palabra es luz hecha sonido. Se proclaman *Siete lecturas*: 1. *La creación*; 2. *La alianza* con Abraham; 3. El *éxodo* de Egipto con Moisés; 4. *La misericordia* de Dios y el amor nupcial por su pueblo; 5. Las *bendiciones* abundantes y los frutos de la palabra de Dios; 6. La sabiduría y la *guía cierta* de la palabra de Dios; y 7. La promesa de Dios de renovar nuestros corazones por medio del *don de su Espíritu*.

Romanos 6:3-11 nos presenta el Bautismo como el misterio de nuestra muerte y resurrección en Cristo para vivir “una Vida nueva”.

En **San Mateo 28:1-10** (Año A) Jesús manda decir a sus discípulos que no lo busquen en el *pasado* de la tumba vacía, sino en el *futuro*, en Galilea: “allí lo verán”. Nosotros encontramos a Jesús resucitado cuando lo reconocemos, vivo y activo en nosotros mismos y en los demás, cuando lo buscamos en nuestra vida diaria, cuando escuchamos su voz en nuestros pensamientos, cuando discernimos sus acciones en lo que sentimos y experimentamos.

La liturgia del Bautismo da comienzo celebrando la presencia de Jesús resucitado en los santos del cielo, de quienes formaremos parte. Cristo ha vencido a la muerte.

La Bendición del Agua nos recuerda que: el agua fue el seno de la *vida* durante la creación; por medio de las aguas del diluvio, Dios puso “fin al pecado” y dio “origen a la Santidad”; por medio de las aguas del mar Rojo Dios nos liberó de la esclavitud y nos hizo seres *libres*; en las aguas del río Jordán Jesús fue “bautizado y *ungido* con el Espíritu”; de la sangre y del agua que brotó del costado de Cristo en la cruz nació la Iglesia – y las aguas del Bautismo hacen todo esto por nosotros. En seguida procedemos a la *renovación de nuestras promesas bautismales*, comprometiéndonos nuevamente a vivir nuestro Bautismo por medio de la fe. Todo esto lo absorbemos como *discípulos*.

Iniciativa: Sé un discípulo. Renueva tus promesas bautismales durante la Vigilia Pascual como un compromiso consciente a aprender a vivir como el cuerpo resucitado de Jesús perseverando como discípulo.

¿Qué ha hecho por ti este panfleto?

*Estas reflexiones fueron diseñadas para ayudarte a profundizar en tu valoración de la **conversión a Jesucristo** y específicamente de la conversión al **discipulado**. Te será útil mirar atrás y revisar lo que has visto, preguntándote qué respuesta has dado hasta ahora. Recuerda que la efectividad de la alimentación se mide de acuerdo a la autenticidad de los resultados que traiga consigo.*

- *¿Cuánto tiempo dedicaste a la lectura y a la oración cuando leías estas reflexiones?*
- *¿Sentiste deseos de hacer estas cosas?*
- *¿Qué sabes ahora sobre la conversión que antes no sabías?*
- *¿Te ayudaron estas reflexiones a confirmar tu decisión de ser un discípulo?*
- *¿Qué sabes sobre el discipulado que antes no sabías?*
- *¿Te llevaron estas reflexiones a hacer cambios; por ejemplo, a cambiar alguna cosa en la forma en que usas tu tiempo o tomas tus decisiones?*

Más específicamente...

- *¿Tienes una valoración más clara y profunda de la conexión entre el discipulado (especialmente leyendo y reflexionando en la palabra de Dios), y la conversión a una vida más auténtica basada en los Evangelios?*
- *¿Ves más claramente en qué forma el evento de la Encarnación de Cristo, su muerte y su resurrección cambia tu percepción total del propósito, principios y prioridades que deben gobernar tus decisiones en la tierra?*
- *¿Ves más claramente que el discipulado es un proceso gradual de crecimiento en el entendimiento de las leyes de Dios para llegar a aceptarlas plenamente?*
- *¿Ves más claramente que el discipulado implica que aceptemos vivir usando un sistema de guía diferente? ¿Algo que está más allá de la sabiduría humana?*
- *¿Entiendes que como discípulo de Jesucristo debes esperar que él te guíe más allá de la razón humana para poder vivir y amar al nivel de Dios?*
- *¿Estás determinado a perseverar en tu discipulado por medio de una fe pura, sin importar el costo o las consecuencias, aún cuando parezca no tener una recompensa?*

Inmerso en Cristo

Para estar inmerso en Cristo:

Sé Cristo:

dejando que Cristo actúe
contigo, en ti, y por medio tuyo
en todo lo que hagas.

Sé un Discípulo:

Haciendo que la reflexión en la mente
y el corazón de Cristo sea tu
preocupación de toda la vida.

Sé un Profeta:

Haciendo que todo en tu estilo de vida
Dé testimonio de los valores de Cristo

Sé un Sacerdote (por medio del Bautismo):

Dejando que Cristo se exprese en ti
y por medio tuyo a todas las personas
con las que tratas.

Sé un Administrador del Reino de Cristo:

Aceptando responsabilidad
para llevar al Reino de Dios a todos los lugares
y todas las actividades de la vida humana
en este mundo.

Inmerso en Cristo
5 pasos para una vida más plena

Reflexiones
Por David M. Knight
e-mail: knight@hisway.com

Estas reflexiones
Siguen los temas del libro
“A Change Within”, Por David M. Knight

© His Way Communications 2007
1310 Dellwood Ave.
Memphis, TN 38127
901-358-3956
www.hisway.com